

REVISTA NACIONAL DE

# EDUCACIÓN



Nº

99

J-4

REVISTA NACIONAL  
DE  
EDUCACION

NUMERO  
99



AÑO X  
SEGUNDA EPOCA  
1950

*Director: PEDRO ROCAMORA*

---

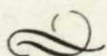
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN  
MALLORCA, NÚM. 4



# SUMARIO



## EDITORIAL

- Pedro Rocamora*: LA PINTURA DE GREGORIO PRIETO  
*Jean Roussel*: EL UNIVERSO PATETICO DE GEORGES  
BERNANOS  
*Angel Cruz Rueda*: REALIDAD Y FANTASIA EN LOS  
PERSONAJES DE AZORIN  
*Julio Angulo*: GRANDEZA Y MISERIA DE REMBRANDT  
*Mercedes Sáenz Alonso*: EVOCACION DE RUBEN DARIO



## VENTANA AL MUNDO

- ALFONSO JUNCO INGRESA EN LA ACADEMIA MEXICANA  
DE LA LENGUA  
ESPAÑA EN LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTE  
SACRO EN ROMA, por *José Sanz y Díaz*.

## LA OBRA DEL ESPIRITU

- PANORAMA EDITORIAL RELIGIOSO DE LA ESPAÑA ACTUAL  
LA LIBRERIA CIENTIFICA MEDINACELI, DEL CONSEJO  
SUPERIOR DE INVESTIGACIONES  
EL XXIV SALON DE OTOÑO Y SUS RAZONES, por *Manuel  
Prados López*.  
GABRIEL MARCEL INAUGURA EL CURSO DEL ATENEO  
DE MADRID

## NOTAS DE LIBROS

---

*Viviendo la copla (Cuentos y estampas folklóricas)*, por Luis Muñoz-Cobo. Librería y Editorial Pueyo, S. L. Madrid, 1950.

*Alabanza a España*, Santiago Magariños. Ediciones del Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1950.

*Cantares místicos*, por Juan Bautista Gemis, O. F. M. Ediciones «Verdad y Vida», San Francisco el Grande, Madrid.

*Miscelánea de Episodios Históricos*, por Natalio Rivas. Editora Nacional. Madrid, 1950.

*Estudios de Historia Social de España*.

*Almas distantes*, por Ignacio Romero Raizábal.

*Panorama de la música en España*, por Antonio Fernández Cid.

*Pensadores políticos del siglo XIX*, por Francisco Gutiérrez La-santa.

## DOCUMENTACION LEGISLATIVA



# EDITORIAL



**S***l —geopolíticamente— tuviéramos que definir a España, diríamos que es una isla de paz rodeada de tempestades, sin que estas tempestades que la cercan perturben, en lo más mínimo, la segura alegría de su vida. ¿De qué otros pueblos pudiera alegrarse otro tanto? Y esta situación privilegiada de España no es fruto adventicio o esporádico, o si se quiere, fortuito. Nada de eso. Al contrario: es fruto sazonado y cierto. Lo sembró una buena intención, lo cuajó una sabia orientación y lo llenó de realidades una firme e inesquivable voluntad de bien común. Y es que España, cuando comenzó a labrar el rumbo de su destino presente, pensó más en su mañana que en su hoy, más en su futuro que en su actualidad. La actualidad no es, después de todo, más que un eslabón del futuro.*

*La clave de esta situación, conviene insistir, es harto meridiana y supone en los hombres que la cultivan y robustecen un abnegado espíritu. Es decir: labrar parejamente el doble destino de los hombres. Su destino material y su destino ideal. Porque «por muy eficaces —decíamos no hace mucho— que sean las reformas de ca-*

rácter económico que un país realiza, éstas tendrán siempre en su trayectoria futura un plazo inexorable que termine dándoles el carácter de efímeras o perecedoras. Así, cualquier empresa política que tuviera como eje de su actuación aquella clase de ideales físicos, estaría de antemano condenada a una vida intrascendente y fugaz. Pero, por el contrario, cuando una actividad de gobierno se cumple con sentido de responsabilidad y con solemne afán de inscribirla en los grandes ciclos históricos por los que el país contó sus mejores jornadas de gloria, las más nobles tareas que pueden acometerse son las que se realizan en el vastísimo campo del mundo intelectual».

Raro es el día que, en este aspecto, España, sus hombres de gobierno, no llevan a término una conquista intelectual. Este premio, este galardón, este estímulo, lo que sea, en todos los órdenes del saber humano, dentro del vasto campo de la inquietud inteligente del hombre, facilitan el penoso camino —y así lo hacen menos penoso— del trabajo. No son vanas palabras, sino hechos positivos. La protección al trabajo constituye hoy en España una lección para propios y extraños. Al trabajo sea cual fuere su índole o su especialización. Desde el trabajo manual al trabajo docto. Y sin olvidar, por supuesto, que junto al presente y para seguridad del futuro, España cuenta con un pasado en el que, como una firme antorcha, alumbró, poderosa y magnífica, una gloria sin precedentes...

Los pueblos que se precian de serlo tienen, como hemos referido repetidamente, la misión de exaltar sus valores pasados y actuales. Sobremanera, los de su acervo espiritual. Y eso hace frecuentemente, para suerte suya, España. Porque España, en la isla de su pacifismo internacional, ha sido, de siempre, pródiga de héroes. De todo linaje de héroes: desde los de una simple mecánica artesana, repetimos, hasta los de la más estricta ortodoxia imaginativa. No hablémos de esos otros héroes castrenses que claman, enardecidos, desde la historia, remota y próxima, la fama de sus conquistas. Ha podido haber épocas de la vida hispánica en que una política miope tratara de ocultar la tradición linajuda por miedo a

perderse entre tantas y tan rotundas resonancias. Así nos fué. Pero hoy son otros los hombres y otros los móviles de esos hombres que rigen la razón —la verdad— de nuestro Estado, y España tiene a gala estas exhumaciones, que, al descubrirnos un pasado revelador y altísimo, afianzan nuestro presente, por estímulos legítimos, y abren con rutas fabulosas la orientación del futuro.

No se nos niega que esta labor es contra corriente. Nadie, egoístamente, se desvela por los demás. Y menos, a largo plazo, para los demás, cuando ya no es oportunidad de recibir recompensa alguna. El verdadero político se comporta sólo de tan extraño modo. Trabaja para los demás —que en definitiva es trabajar para uno mismo—, y trabaja sin recompensas directas e inmediatas, sino a largo plazo, a larguísimo plazo, y muchas veces para cuando el nombre del trabajador se ha hundido, injustamente, si se quiere, en las densas sombras del olvido.

No existe ahora mismo en España una modalidad intelectual, la que sea, desde el periodismo al teatro, desde el cine a la investigación científica, que no goce de la pródiga atención del Estado español y, consiguientemente, de su apoyo económico. De ambas cosas a la vez. ¿Por qué? Repitamos un anterior aserto nuestro: «Hoy ya, por fortuna, en España sabemos que dotar de medios materiales al intelectual, al investigador o al docente, es establecer las bases necesarias para que la vida de la Universidad, la tarea de los laboratorios y las perspectivas del mundo literario alcancen horizontes de fecundidad insospechada.»

Como a todo buen sembrador, al Estado español le preocupan la tierra, su cuidado, su abono y... la cosecha. Este proceso de germinación y recogida no halla, en las fórmulas de protección de nuestro Estado, ni pausas, ni deserciones, ni, mucho menos, mixtificaciones. La cosecha, claro está, no es a plazo fijo, ni puede cantar desde un principio más que sacrificios y heroísmos, ni contar, insistimos, para los que la forjaron, de correspondencia alguna posiblemente en el itinerario de su existencia. Nada de esto importa al sembrador. La cosecha, segura, la disfrutarán sus hijos, sus nietos, las generaciones venideras, que, conviene machacar, quizá



no recuerden ya ni el nombre del generoso esforzado que así procedió para sus semejantes. Este es el destino de los hombres de ahora, de los que, al lado de Franco, empuñan, encendidos y fervorosos, el timón de la nave. Pero ¿quién les puede arrebatarse la gloria del precursor?

Estado precursor, en efecto, este de España, que, al lado de su esplendor material, se afana y empeña en su esplendor ideal. En hacer felices y dignos a los que nos sucedan. En forjar, a distancia, un pueblo independiente, inquieto y libre. La obra material está ahí, a nuestro paso, radiante de presente; la obra espiritual no la vemos aún, pero ya la presentimos. Es un mañana positivo, sin miedo a los embates ni a las competencias. Porque sólo los pueblos que amaron y fomentaron su cultura son los pueblos que no perecerán jamás.



# LA PINTURA DE GREGORIO PRIETO

Por PEDRO ROCAMORA



**L**EYENDO el testamento de Augusto Rodín se descubre, en hallazgo escalofriante, el secreto último del arte. Rodín, dirigiéndose a sus discípulos, les dice: «Sed verídicos, jóvenes. Pero esto no significa: Sed vulgarmente exactos; hay una deleznable exactitud: la de la fotografía y la del calco. El arte sólo comienza con la verdad interior. Que todas vuestras formas, todos vuestros colores traduzcan sentimientos.»

Este consejo legado por Rodín a su escuela, nos pone en trance de formular aquí la suprema incógnita que la crítica artística tiene planteada en estos momentos: ¿Qué verdad interior tiembla en esa intimidad entrañable que se resume en el alma de cada artista? ¿Es que realmente los colores que se difunden a través de tanto lienzo contemporáneo quieren expresar algún sentimiento?

Si la respuesta a esta dramática postulación pudiera conducirnos al pesimismo, de él nos salva la obra pictórica, deslumbrante y excepcional de Gregorio Prieto.

El punto de arranque de nuestra hermenéutica, sobre el rango de la obra de este pintor, se cifra en el siguiente principio:

desde el siglo XVII la pintura reclama su categoría de arte espacial, es decir, de arte que no sólo sirve para ser contemplado, sino para despertar o sugerir ideas. Se trata, pues, no de un arte para ver, sino de un arte para pensar, meditativo y casi filosófico, que se realiza, precisamente, para que el espíritu del que contempla se adentre en la profundidad de sus paisajes y vuele y sueñe entre ellos.

Sólo así, la obra pictórica no profanará su verdadera esencia. Gregorio Prieto es el gran intuitivo de estos dogmas. Los cumple ignorándolos. Porque esto es, en último término, la misión del arte. Yo he dicho en alguna ocasión que Velázquez ignoraba que la empresa que realizaban sus pinceles hallábase inscrita en una fase histórica de la evolución del pensamiento universal. Ni él, ni Cervantes, hicieron ciertamente filosofía. Pero la verdad es que la historia de la cultura por el reverso del tapiz de la vida, estaba encuadrando aquel menester concreto del arte y de las letras en el gran proceso histórico, en el que se cambió la manera de pensar del mundo, es decir, cuando la inteligencia y la razón descubrieron al hombre como una suprema realidad actuante y vital.

Pues de este mismo modo, Gregorio Prieto ha servido, sin él saberlo, este imperativo de la pintura contemporánea como arte musical y sugeridor.

Así, Prieto pinta a Grecia —la tierra del arte apolíneo—, la inventora del estremeceador esteticismo de las formas plásticas. Pero pinta las ruinas. No lo que sobrevive en pie del Partenón. Sino la columnata caída, el mudo cataclismo que es obra del tiempo inexorable. La antigua gloria del templo ateniense, tiene hoy todo el dramático simbolismo de un secular derrumbamiento. Así, jugando con la historia, el artista ha proclamado en el antiguo escenario del «arte apolíneo», los cánones europeos, angustiosos y cristianos del «arte faústico». Tal es la lección que nos brindan esas mudas reliquias de la historia de Atenas. Ahí está el Partenón o Casa de la Virgen, decorado con esculturas de Fidias, y la Acrópolis, concebida por Pericles como «distracciones espirituales» para el pueblo de Atenas. Ahí está Delfos, con sus profetisas,

sus oráculos y sus caballos. Pero un viento de siglos ha pasado sobre las grandezas que cantara Herodoto y una amarga desolación cubre de tristeza aquel paisaje, cuya tragedia ha de captar el espíritu metafísico del pintor.

Todo tiene, aquí, un equilibrio trascendente y responde a un orden lógico. Así, por ejemplo, el color azul de esos cielos que sirven de dosel al mundo desolador de las ruinas. ¿Por qué Gregorio Prieto no ha pintado aquellas insólitas perspectivas con esos tonos calientes, con esas claridades amarillentas que difunde sobre la tierra la luz solar? Porque en una posible filosofía de los colores, el amarillo es, como diría Splenger, un color vital a cuyo conjuro la vida, en un sentido más simple, alcanza el primer plano del interés pictórico. Pero el azul es el color faústico por excelencia, el color de la soledad, con el que se dibuja la gran curva que une la angustia del pasado con la inquietud del porvenir. Con razón decía Goethe que «uno de los casos más hermosos de sombras de color, es el que se descubre en las noches de plenilunio». La luna, sólo ella, ha sido la compañera fiel de esas noches azuladas en que, transfundida su alma con la del paisaje, Gregorio Prieto pintaba no el triunfo de un Atenas imperecedera, sino la soledad y la desolación de unas ruinas descubiertas al equívoco resplandor lunar.

Llegados a este punto, debemos preguntarnos si es Grecia lo que Prieto ha pintado a la luz de la luna, o si es un paisaje lunar lo que él ha descubierto a la luz de su inspiración griega. Para deleite de los que no aspiran nunca a llegar a conclusiones demasiado esenciales, dejamos en el aire la incógnita de si aquí está vista Atenas a la luz del plenilunio, o la luna vista a la luz —antigua y clásica a la vez— de Atenas.

Si en Grecia Prieto empleó los azules y los veroneses, es porque reservaba el amarillo y el rojo para sus paisajes españoles. Porque estos son colores populares, de multitudes, de niños y de mujeres, de pueblos ingenuos que saben rimar muy bien su dulce primitivismo con esa ausencia de inquietudes por lo infinito, que es la explicación última de esos matices azulados que igual sirven para

transfigurar el manto de una Virgen, que para dar a un paisaje un sentido impalpable, sutil y melancólico de lejanía.

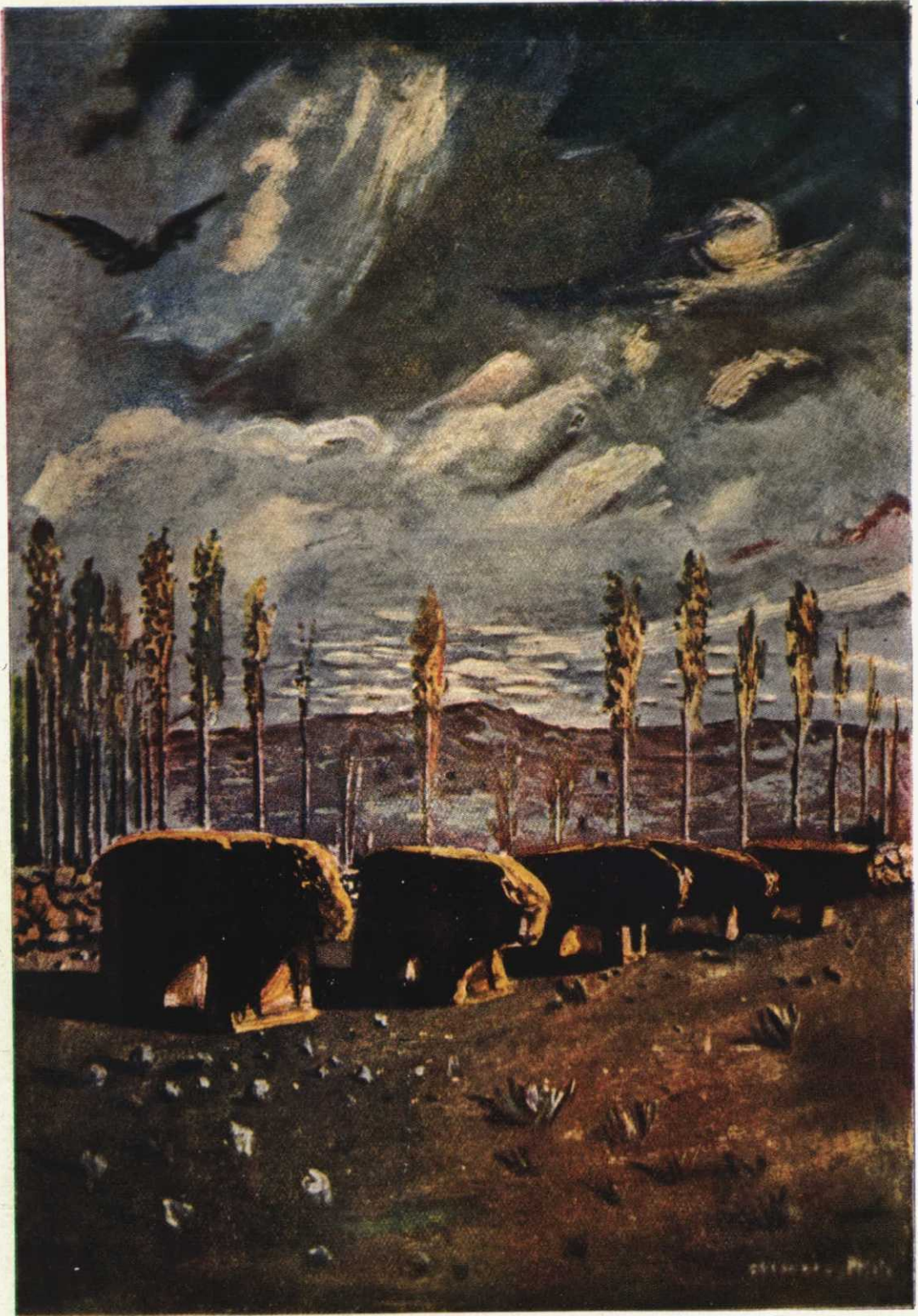
Por eso, las amarillentas perspectivas de los molinos manchegos, no responden a una mística de lirismo o ensoñación. Por el contrario, son irremediablemente molinos verdaderos que el pintor contempla a la luz del día, al resplandor del «gran mago», como llamaba Cezanne al sol.

Prieto ha querido resucitar ahora no el mito, sino la realidad histórica de los molinos. No porque él no sea un idealista, sino porque es, ante todo, manchego, y su pintura —entroncada con las raíces de nuestro mejor clasicismo— no podía cometer el fraude de esquivar el rigor objetivo de unos molinos que —por disciplina del espíritu— él no quiere concebir como fantasmas; esos inmortales fantasmas quijotescos, que tanto ilusionan nuestra apagada y vulgar vida española y que seguirán, por los siglos de los siglos, iluminando la fantasía ardiente de nuestro pueblo, cuando ya, por fortuna para todos, no quede en pie un solo molino verdadero.

Aquí, Prieto, por respetar la historia, ha faltado al respeto a la poesía. Pero es que la Mancha es implacable y no admite que se le interprete más que en dos posiciones extremadamente contradictorias e irreconciliables: O el realismo de Sancho o la fantasía de Don Quijote, que es como decir, en el orden de la pintura, la probidad y la honradez artísticas de Velázquez o las ensoñaciones fantasmagóricas del Greco. Porque si Velázquez pudo ser el símbolo del más veraz servicio a la realidad circundante, el Greco fué el gran alucinado que, como Don Quijote, se olvidaba de las cosas de la tierra, porque quizá, como todos los soñadores, su alma estaba demasiado cerca del cielo.

Fuera de España es donde Gregorio Prieto, se nos aparece como un perfecto idealista; díganlo sino esos panoramas que él contempla desde su ventana de Hyde Park Gate, en los que el artista describe, con inusitada fuerza expresiva, la luz y el grito colorista de uno de los más jugosos paisajes de Inglaterra.

En 1945, Prieto, desde su bella casa de Londres, piensa en su rincón de la Mancha con la misma melancolía con que Cezanne,



Gregorio Prieto.—«Toros de Guisando».



cien años antes, añoraba, desde París, el dulce y luminoso paisaje de Provenza.

De aquí nace el secreto de los dos rumbos que el observador puede descubrir a lo largo de la obra del artista. De una parte, su sentido humano, cordial, emocionado y fiel de lo español. Y de otra, su sueño audaz y sin ataduras de esa historia de Grecia, descubierta a la luz de la imaginación y de la poesía.

Es decir, que el gran problema que se plantea a lo largo de toda la obra del artista, es éste: si la pintura debe concebirse en sentido plástico, o en su proyección aérea, como simple estática colorista de las cosas o como una difícil dinámica del espacio.

Entre estas dos vocaciones, la obra de Prieto se polariza con una notoria diversidad, en el estilo de concebir e interpretar cada tema. Sus pinturas españolas se resumen en la primera solicitud. Por el contrario, sus lienzos dedicados a Grecia, simbolizan el atractivo que sobre Prieto ejerce esa otra sugestión del aire y del infinito. Y entre una y otra, están sus cuadros de París, con una excesiva impronta de emoción juvenil, y últimamente, sus obras de Inglaterra, paisajes deliciosos y admirables retratos, realizados con impresionante agilidad, con difícil y segura madurez e impregnados de resplandeciente valentía.

Ejemplo de su respeto hacia lo veraz son esos bodegones, en los que se afirma, irremediabilmente, esa gran alma de paleta genial que hay en este pintor manchego. ¡Con qué amorosa fidelidad reconstructiva se deleita Prieto recordando las viejas consolas de su niñez en la casa humilde y campesina de Campo de Crip-tana o de Puerto Lápiche, en las que siempre hay unas horribles estampitas de la Purísima y unas cajas de dulces pueblerinos junto a una jarra rústica y una flor! Y es que, para él, la naturaleza no es, por fortuna, como era para Delacroix, un diccionario donde ir a buscar las palabras. El guarda todas las palabras en que se resumen la grandeza de la vida española, dentro de su alma. Y sólo tiene que entornar los ojos par poderles dar vida en el lienzo.



Este es Gregorio Prieto, diplomático de la pintura, ilustrador de Shakespeare, viajero de Europa, enamorado de la luna y alma de la Mancha que sueña con los bellos espectros del mar.

Tal es el hombre. Y su obra aquí está : felices ventanales abiertos sobre los mundos de la verdad y de la fantasía.



# EL UNIVERSO PATÉTICO DE GEORGES BERNANOS

P o r J E A N R O U S S E L

**B**ERNANOS, hombre de grandes cóleras, ha sido el escritor de las altas tristezas. Su inspiración nunca quedó a medio camino entre la literatura y la facilidad, como les ocurre a tantos hombres de letras, que hacen un oficio y se proponen hacer carrera. Nunca le rozó semejante tentación. Escribió, sí, contra su tiempo y contra los hombres de su tiempo, por amor hacia ellos. Sus invectivas, tantas veces mal comprendidas, no fueron más que el reverso de su compasión, la expresión de su exigencia interior frente a las bajezas y a las cobardías de un mundo falso y perverso.

A nuestras sociedades no les gustan mucho los que tocan a rebato. No comprenden muy bien que se les impida digerir en paz los frutos de rapiñas fructuosas o el salario de las mentiras que cotizan los gobiernos y los individuos. Ya Bloy y Péguy habían hecho una dolorosa experiencia. Si una gloria tardía ilumina hoy sus obras, no por eso hemos de olvidar que no avanzaron en vida por la vía que habían elegido, sino rodeados de silencio, de soledad y de incompreensión.

Igual destino ha sido reservado a Bernanos. Ciertamente, ha conseguido sin reniego aquello de que sus antecesores carecieron: lectores numerosos, un premio estimado por el público e incluso un gran premio de Academia. Si hubiese querido, habría podido llevar una cinta roja y un uniforme verde. Para un escritor, no es esto un balance negativo. Pero Bernanos no era un escritor. Lo ha dicho en *Les enfants humiliés*, en donde ha confesado, con un cansancio casi desesperado, su humana verdad y su esperanza sobrenatural.

Sin duda ha vivido de esta pluma siempre afilada que nadie ha vuelto a coger desde que se le ha caído de las manos. Pero sus novelas, sus ensayos, sus sátiras, sólo eran para él medios para comunicar su mensaje, para abrir a los transeúntes su corazón y su alma, para librarse del peso de angustia que llevaba sobre sus anchos hombros. El 2 de julio de 1934 escribía a un amigo: *«Realmente, se interpreta muy mal entre ustedes lo que escribo al final de una jornada generalmente sin alegría. Si ustedes quisieran ver un poco más lejos de su naricita cosaca, no me llamarían ni anarquista ni rebelde; comprenderían que estoy apurando, solo, la copa de amargura —como dijo el otro— y que no deben tenerme rencor por algunas gotas que caen acá y allá.»*

Epidermis sensibles han sentido las quemaduras de estas gotas, y algunos no han perdonado a este desfacedor de entuertos que no haya «jugado el juego», que se haya negado a dejarse alistar en el ejército regular de los que no tienen otra preocupación sino la del éxito en carreras bajamente temporales. Pase todavía el haber introducido el diablo en la literatura —aunque sea un alimento indigesto—; pero afirmar, en nombre del cristianismo, su desprecio por los «bien pensantes», razonar como Jacobino cuando se es realista y querer la salud y el honor del pueblo frente a los discípulos demasiados celosos de Mr. Guizot, ¿no es éste un escándalo intolerable? Así han pensado todos los que tenían mala conciencia frente a los pobres y a los oprimidos. Así piensan todavía los que le conceden genio, para ocultar mejor, bajo falaces retóricas, el ser auténticamente revolucionario que no dejó de ser.

Pero, ¡cuidado!, conceder genio al autor de *Sous le soleil de Satan*, esto va lejos, e incluso muy lejos. Cuando Bernanos vuelve a colocar ante nuestros ojos el horror de un mundo abandonado, de un universo petrificado, en el que ya no circula el espíritu, nos entrega una llave que podrían usar un día algunos hombres generosos para echar abajo las ciudadelas de la iniquidad y los bastiones del conservatismo burgués. Sus personajes de *La joie* y de *L'imposture* son tales sólo porque él se niega a dejarse seducir por las más altas virtudes y opone a los malos encantos de la mentira un mundo inmenso, misterioso y patético, que no puede vivir sino en la pureza, y ansía la dicha de volver a encontrar la vida más allá del mal y del envejecimiento. La negación de la ilusión, que es también negación de la desesperación, domina su obra, en la que aparece el temible poder de la vocación, la doble inserción de la gracia y del mal en un mundo tan profundamente extraño a la agonía de cada criatura, que sólo la potencia del orgullo es capaz de explicar, cuando no de absolver, la crueldad de los verdugos.

No se comprendería nada del universo de Bernanos si no se viese en esta repulsa de la ilusión la repulsa constante de la muerte; no de la muerte a la que la fe cristiana confiere el poder de volver a encontrar la eternidad, sino de la que es infierno del hombre, soledad tan total que hace pensar en un desierto helado. Bernanos ha sentido este frío de la ausencia en ciertas almas y comprendido que el mismo mundo privado de lo sagrado descende, cada vez más profundamente, en un abismo sin fondo. Es el tema de *Monsieur Ouine*, el tema de la derelicción por excelencia. La miseria espiritual ya no es aquí la del pecador, el cual, después de todo, pare su vida en el dolor, el mundo en el tormento, sino la que cerca a los corazones sin esperanza y descompone lentamente alrededor de ella, como una gangrena, los últimos secretos que la infancia puede transmitir a una vida de hombre.

En efecto, esta muerte espiritual es, ante todo, un abandono de la infancia, una consecuencia de la pérdida de este universo maravilloso en el que el alma conserva su transparencia y su magia.

Bernanos ha llorado durante toda su vida su infancia perdida; su esfuerzo constante ha tendido a volverla a encontrar para abrevarse en ella como en una fresca fuente. ¡Qué importa si ha perseguido un fantasma! Quizá su obra no estaría tan próxima a nosotros sin este llamamiento, más o menos consciente, a un paraíso que no se puede encontrar. Descubrimos su autenticidad cada vez que ella nos aporta un eco de su impotencia y de su sufrimiento a través de los personajes que ha sacado de su propia sustancia, que ha visto vivir con la intensidad dramática que era la de su vida. Se puede decir que ha agotado todas sus contradicciones antes de entregarlos, palpitantes y desnudos, a su crueldad. Si ha comprendido tan bien las almas sacerdotales, es porque tenía la nostalgia del sacerdocio; si ha hecho tan conmovedora su Chantal de Clergerie, es por una extraña aptitud para identificarse con esta presa mística prometida a la más turbadora de las soledades. Esta Chantal, desde luego, no le ha abandonado. La volvemos a encontrar, transformada, es cierto, pero siempre luchando con la misma realidad de esta hermana Blanche de la Sainte Agonie del *Dialogue des Carmélites*, que no volverá a sí misma, finalmente, más que para morir.

Las criaturas, tan violentamente humanas, de Bernanos no viven en el artificio. Un abad Cénabre ha podido perder la fe y llegar a ser un impostor; no hay en él más que una realidad, y, de buen grado o a la fuerza, sigue sometido a ella. Pero ¡esta realidad yace a profundidades de abismo! ¡Qué importa! En la habitación de Chantal, asesinada, por odio a la pureza, por el chófer de su padre, el sacerdote se ve obligado a adaptarse de nuevo a esta realidad, dominado por una fuerza invencible. Sin duda, ciertos personajes parecen tan caricaturescos, como *Jambe de Laine*, en *Monsieur Ouine*, que estaría uno tentado de ver en ello una curiosa atracción suya hacia los seres diformes o grotescos. Comprendamos que no son más que la caricatura de ellos mismos y representan así la caricatura de una realidad. Y esta realidad no cambia o, más bien, es intercambiable. Pertenece a un universo reducible al misterio del espíritu y participa de una perpetua tenta-

ción de la semejanza, apostasía de la desemejanza, que las criaturas no pueden evitar. Eterna potencia del sol de Satán, nos invita a pensar el novelista. Si es sin efecto sobre los pródigos y sobre los niños, ¿no recobra toda su fuerza sobre los avaros, sobre los mediocres acostumbrados a mentirse a sí mismos, a emplear su orgullo en la alegría como en la tristeza? ¿No es eso, dirán, el supremo artificio? ¡Sin duda! Pero este artificio no es del orden de la criatura. Si las criaturas de Bernanos, prisioneras de sus artificios, no viven nunca hasta el fin en esta irrealidad, es porque el escritor se niega a verlas únicamente en la perspectiva de la apariencia. A ejemplo de Dostoïevski, de quien es uno de los herederos más auténticos, las eleva sobre el único plano en el que el artificio ya no es posible. Cueste lo que cueste, estos seres son sumidos nuevamente en el baño de realidad del que creyeron haber escapado, alentados por el silencio de Dios. Bernanos tiene una visión clara del combate, de la alternativa en que el mundo forcejea. Allí donde Dios ya no está, otro ocupa su lugar. Este lugar no está nunca vacío, y las criaturas no tienen otra elección que saciar su hambre espiritual o destruirse, rechazando toda metafísica. El drama toma entonces proporciones cósmicas, porque Bernanos nos da a entender que los individuos siguen tributarios de una realidad sobrenatural indestructible. Al menos, sus personajes nos advierten, con más seguridad que los teólogos, que una «realidad» que se nos escapa es inseparable del orden de la vida.

\* \* \*

Esta vida, Bernanos la capta en su complejidad interna. Ella tiene recursos extraordinarios, brotes y rebotes imprevisibles. Ningún fracaso temporal es capaz de vulnerarla, porque es obra de amor. Ciertamente, no ignora todas las escorias que acarrea con ella y cuán desarmados quedan frecuentemente los seres ante esta visitadora, que no dice siempre su nombre. Sin embargo, sigue siendo para él la tentación suprema, aquella sin la cual la esperanza perdería todo su sabor: *«Por cortas que sean las noches,*

*el día viene demasiado tarde: Célimène se ha dado su carmín; el borracho ya se ha dormido. La bruja, del regreso del sábado, se ha deslizado entre sus sábanas blancas... El día viene demasiado tarde... Pero la santa justicia, de un polo al otro, sorprenderá al mundo.»*

Este lirismo traduce la visión bernanosiana: la vida es incapaz de adentrarse por una pista falsa; no puede despojarse de ninguno de sus atributos y asociarse a la miseria del hombre. Para emplear una expresión de Péguy se puede decir que Bernanos la ve en su «real eternidad». La apresa desde el interior, en el aura sobrenatural en que baña, la confronta, materia misteriosa, con la pesada pasta en que se convierte entre nuestras manos. Se aplica a sugerir sus profundidades invisibles, sus dimensiones espirituales. Nadie mejor que él, al parecer, descuella en darle el peso y el valor de una presencia concedida al hombre; presencia existencial que va acompañada de un crecimiento irreversible. No hablemos torpemente, a este respecto, de experiencia psicológica. La explicación quedaría insuficiente y muy por debajo de la realidad.

La experiencia no es para Bernanos el único camino de la verdad. Las realidades que bordea, las decadencias que asume en su justo lugar en el plano universal son extratemporales. Sus puntos de referencia sólo son discernibles en el acontecer allí donde los conflictos se forman y estallan, es decir, a partir de una cierta vibración de la vida interior, de un cierto *mínimum* de absoluto. En ese momento ya no le es posible al novelista, ni a sus personajes, refugiarse en las falsas apariencias, llamar en su ayuda a falsos consuelos y a falsas esperanzas. Es preciso, cueste lo que cueste, que la criatura se destruya negándose o que acepte, en un penoso vértigo, la turbadora grandeza de la condición humana.

La opción que nos propone Bernanos no es sencilla. Plantea el inmenso problema de la vocación y supone que estamos lo bastante apegados a la vida para no retroceder ante el riesgo de la libertad. Otros novelistas nos han colocado ante la misma opción: ayer Dostoïevski, hoy Graham Greene. Ninguno ha sabido como

él meternos en la angustia que sentimos frente a nuestro destino, entregarnos en algunas frases inolvidables su dolor, su emoción, su trágica inquietud. Se nota que tiene que atravesar, a cada instante, un espesor carnal para alcanzar la transparencia, moverse en una zona oscura e incomprensible para volver a situar el pequeño universo de sus tristes héroes en un universo mayor, aceptar el peligro de poner su propia pasión al servicio de sus personajes. Nuestra lógica, los hábitos de nuestro pensamiento se conforman mal con los delirios del alma, con las horribles sinfonías que nos hace oír sin preocuparse por las rupturas de equilibrio con que nos amenaza. ¡Qué le importa! Esencialmente un vidente chapado de un confesor, arrastrado sin tregua hacia deducciones inconscientes en alternativas de sombra y de luz. No estamos muy seguros de que muchos lectores hayan comprendido que esta aptitud prodigiosa para desarraigar a los seres de lo temporal en que chapotean de manera tan lamentable, y que acompañan cantos nostálgicos, quejas, cóleras, tiende menos a un esfuerzo de posesión de lo real que a un advertimiento por el novelista mismo, de su tormento más secreto. En el origen de la historia de Mouchette existe el escándalo de una posible condenación, un «yo hubiera podido ser como ella». Y si, como se cree, Mouchette es el personaje por medio del cual Bernanos se ha expresado más íntimamente —aquel en el que hay una identificación—, no dejará de observar una conexión entre esta figura desconcertante y la del abate Donissan de *Sous le soleil de Satán*. Este sacerdote acepta la condición infernal a fin de que exista un lazo entre el alma perdida de Mouchette y el Cielo. Su pasión es la del hombre entregado al espíritu del Mal; es la presa prometida al Tentador y su vida es, en algún modo, la llave que hay que usar para abrir el Universo bernanosiano.

Detrás de todos los personajes, de los que el novelista ha podido decir que formaban *un mundo imaginario de singular grandeza*, se dibuja una presencia que no puede dejar de turbar o de irritar, según el espíritu del lector. Se trata del Príncipe de las Tinieblas, que objetiva aquí la tentación y el lastre, todo lo que el hombre asume y rechaza —la soledad, el olvido de la infancia, el orgu-



llo—, todo lo que la criatura no puede negar sin destruir su realidad más profunda y que no puede confundir consigo misma sin rechazar la esperanza. Misterio de una unión y de una separación inseparables en el cual el misticismo del novelista se ha complacido sin conseguir elucidar completamente su sentido, aunque haya experimentado su acción subterránea y poderosa a través de sus criaturas lastimosas que, desde un abate Cénabre hasta un Conde de Clegerie, llevan los mismos gérmenes de muerte.

En este apasionante diálogo que Bernanos prosigue con sombras o con vivos, se comprende que no aparezca ninguna fantasía poética. ¡No es que no sea poeta! Al que lo afirmase, su prosa tan perfectamente rítmica y tan llena de calor, apostaría la prueba del contrario. Pero cuando, por ejemplo, describe paisajes, evoca las extensas llanuras del país de Artois barridas por el viento, no es una imagen poética la que nos quiere imponer. Sus ambiciones son otras: desea sugerirnos un tras fondo, el del Universo calcinado en que nos debatimos. Sus descripciones no son nunca pretexto de literatura o, si se quiere, un alto en la sombría carretera por la que nos arrastra. Las vemos estrechamente armonizadas con la tragedia del mundo y atestiguando que, en su autor, toda visión es dramática y se inserta en ese combate implacable de que el hombre, a la vez víctima y verdugo, sigue siendo el centro.

Paisaje bernanosiano, esta parroquia de Fenouille en donde la verdadera vida está ausente; paisajes también estos frescos terribles de los *Grands cimetières sous la lune*, sobre los cuales bailan tantas sombras inquietantes y de donde asciende, en resplandores de incendio, el grito de los futuros ajusticiados. La infancia, la pobreza, el mal, otros tantos «paisajes» que Bernanos anima como un pintor alucinado y de los que aviva el relieve o cercena los contornos. Este espiritualista es también un carnal que experimenta la plasticidad de las cosas y se defiende mal de una secreta complicidad con ellas. Tal página de los *Enfants humiliés* sobre la naturaleza brasileña, nos hace participar de los pasados sopores de la selva virgen, de las sordas efervescencias de la vida vegetal.

«Cuando haya muerto, decid al dulce Reino de la Tierra que

yo lo amaba más de lo que nunca me atreví a decir...» Esta confesión sella un acuerdo íntimo con el mundo de los colores y de las formas, con la naturaleza, con la carne. Expresa también un amor de comunión hacia las criaturas. Escribe en los cafés *«para no ser engañado por criaturas imaginarias, para experimentar con una mirada lanzada sobre el desconocido que pasa la justa medida de la alegría o del dolor, y también, añade, porque no sabría pasarme mucho tiempo sin el rostro y sin la voz humana de quienes creo haber intentado hablar noblemente.»*

Esta sed humana, ¿ha sido alguna vez saciada?; se puede dudar de ello. Todos los individuos, a fuerza de vivir en un mundo engañoso, disfrazan sus pensamientos, ocultan su verdadero rostro. La imagen que dan de ellos mismos es siempre falsa o incompleta. Bernanos no lo ignoraba. Sin embargo, a veces ha dado a algunos de estos seres un encanto refinado y peligroso. Así sucede con la heroína de *Un Crime*, que, para preservar una soledad encantada, hace de la mentira una forma de la negativa. Escuchemos a Evangeline, nuestra hermana en miseria, nuestro doble quizá: «¡Cuánto habéis amado la mentira!, me decía usted. Sí, he amado la mentira. No esta mentira utilitaria, esta forma abyecta de la mentira, que no es más que un medio de defensa como los demás, empleado con pesar, vergonzosamente. He amado a la mentira y me lo ha pagado bien. Me ha dado la única libertad de la que podía gozar sin trabas, pues si la verdad libera, pone a nuestra liberación condiciones demasiado duras para mi orgullo, y la mentira no impone ninguna. Únicamente termina por matar. Me mata. Sin embargo, ya es algo el haber escapado durante tantos años a la siniestra curiosidad de los hombres, a todas las solicitudes carnívoras a las cuales los débiles abandonan su pobre vida. No conseguirán de mí sino las apariencias, y dudo de que hayan sacado de ello mucho provecho. No he engordado la compasión de nadie.»

¡Sed de comunicabilidad! No lleva uno en sí tal necesidad de entregarse y de recibir, tal necesidad de amor, sin estar profundamente herido al contacto de las almas estériles, de los seres que transportan en su estela fermentos de descomposición. Una novela

como *Monsieur Ouine*, la obra más misteriosa y sin duda menos asequible de Bernanos, atestigua sin ninguna duda el dolor de un hombre que ha sentido como una quemadura todo lo que pone obstáculo a la obra redentora.

He aquí este profesor retirado, huésped frecuentemente humillado de los castellanos de Norois. Es un excitador de almas. Se emplea en penetrarlas con una curiosidad malsana, exorbitante, y las gobierna como un demiurgo diletante. Sensual, refinado, inmoralista tanto como inmoral, atrae a los seres en su esfera y mantiene en ellos vicios estéticos, de los que ya no pueden librarse. La última violencia que se impone, es una especie de moral de la disponibilidad para el placer. Su deseo es el del esteta decadente que no quiere gozar más que de la esencia de las cosas y que, finalmente, troca las realidades de la vida por apariencias.

Ahora bien, la parroquia de Fenouille es el teatro de un drama que va a trastornar la quietud de los habitantes. Un pequeño vaquero desaparece. Le encuentran ahogado. Las cartas anónimas perturban la vida del pueblo. ¿Ha habido crimen? Los indicios se enredan. Un sospechoso incapaz de justificarse se suicida con su mujer. Monsieur Ouine es también objeto de numerosas denuncias, pero hábil e impasible, atraviesa la prueba sin daño. Y es aquí donde la inquietante personalidad de este hombre nos es revelada. De visita en casa del cura de Fenouille se hace, frente al sacerdote, el tentador sutil y peligroso, que, en un discurso lleno de una falsa dignidad moral, insinúa en su interlocutor el sentimiento de la soledad, de la indignidad humana y del dominio universal del mal. El sacerdote se defiende en vano. Imperceptiblemente, la duda se apodera de él; y cuando al día siguiente, en las exequias del vaquero, sube al púlpito, el tono de su sermón es tan deprimente, que los oyentes sienten una inquietud indefinible. Bastará que un incidente surja en el cementerio para que la parroquia muerta se convierta en una parroquia loca. La sospechosa castellana de Nerois será víctima del histerismo colectivo y su muerte precederá en poco a la de Mr. Ouine. En su lecho de muerte el moribundo hará una extraña confidencia: «No hay en

mí ni bien ni mal, ninguna contradicción. La justicia no podría alcanzarme, tal es el verdadero sentido de la palabra: perdido..., perdido..., extraviado..., descartado. Soy yo quien es nada.»

La culpabilidad de un Ouine no parece estar a la escala del mundo. No por eso deja de ser real. Sin embargo, es, sobre todo, porque este personaje singular es, en algún modo, uno de los tipos barnanosianos mejor acabados por lo que toma un relieve sorprendente ante nuestros ojos y por lo que nos consagramos al problema que plantean su existencia y su comportamiento.

Estamos aquí en presencia de un hombre que no es un mediocre del mal; quizá, antes de ser víctima de su soledad en un mundo vil, haya querido ser el testigo de una miseria espiritual que le sobrepase. Cuando pervierte, corrompe o destruye a los que se le acercan, asume una carga, un destino que no podría ser fortuito. no es ni un juguete ni un desecho, sino uno de los actores del drama inmenso en el que tomamos parte.

El dolor de Bernanos y su sentido místico han hecho, de este pequeño profesor envejecido y perdido en el fondo de una campiña, una criatura de elección. El poder que ejerce sobre las almas le coloca en un plano en el que somos incapaces de juzgarle; y el papel que parece corresponderle en la economía del mal es tan decisivo, que no puede sino incitar nuestra curiosidad sin atraerse nuestro desprecio. Existe, en efecto, una grandeza en lo horrible, que prohíbe las condenas demasiado fáciles: «...mi alma no es más que un odre lleno de viento», dice Mr. Ouine.

No se agotan miserias tan profundas con palabras. En verdad, es con seres como Mr. Ouine con los que se miden los santos. Así, a pesar de todos los desórdenes del mundo, una misteriosa ley de equilibrio y de compensación restablece en su plenitud la obra de salvación que ha sido confiada a los hombres.

Para esta obra de salvación, el novelista Bernanos ha querido ser también libelista y ensayista; duplicando así su presencia espiritual en el mundo con una presencia temporal que no ha sido la menos conmovedora ni la menos eficaz.

\* \* \*

Habiendo tomado posición respecto a la condición humana, Bernanos se vió llevado a examinar el desarrollo de la historia y a tomar partido en los problemas de civilización planteados por los desórdenes de nuestra época.

Varios temas se interpelan y se responden en la obra de libelista y de polemista que nos ha dejado. *De nous autres Français* a *La France contre los robots*, lo que primero llama la atención es la amplitud del tono, el alcance de un acta de acusación que sobrepasa lo accidental, en fin, la manera muy personal que tiene Bernanos de hacernos compartir su angustia y su pasión. Quiere conmovernos y lo consigue, incluso cuando nos hiere y sentimos su amor por la justicia arrastrarle hacia algunas injusticias...

El pensamiento dominante que explicita su acción y la legítima, no es de los que se embarazan con los pesados trabajos de los economistas o de los sociólogos. Cabe en pocas palabras: para rehacer una civilización que muere por estar centrada cada vez más sobre la idea de provecho, es preciso restaurar en los espíritus la noción del hombre cristiano.

Esta noción se revela exclusiva y dinámica. Es la base de una ética social, y milita en favor de una renovación de nuestras condiciones de existencia. Los dos valores que la fundan son la libertad y el honor. Ningún hombre, salvo Péguy, ha hablado de la una y del otro con más calor, ni los ha elevado a la altura de un imperativo absoluto con más vigor al volverlos a colocar en una perspectiva revolucionaria del hombre y de la historia.

La avidez económica que ha dado nacimiento a la explotación del hombre por el hombre, la barbarie politécnica y el totalitarismo político, no han tenido, durante estos treinta últimos años, adversario más violento y más decidido. Alzado contra los mitos modernos, ora sangrientos, ora destructores, se ha levantado, con un vigor de expresión que tardará en ser igualado contra la anarquía de las conciencias y los abandonos espirituales y morales que de ella resultan.

Su hombre cristiano no es, en efecto, un «bien pensante» de pequeña parroquia. Es un hombre libre, un rebelde en nombre de

la justicia que rechaza las servidumbres y las imposturas de un mundo falso y perverso. El mismo ha dado una imagen del hombre que él soñaba. Cada vez que oye hablar a su alrededor de «civilización cristiana», está alerta y denuncia la impudencia y la mentira de nuestras sociedades burguesas en las que la ciudad de Césares disfrutadores y crueles se camufla bajo los oropeles de una religión sin calor y sin vida: «¡Fariseos! ¡Víboras! Vengáis con ametralladoras los crímenes contra el orden —cristiano o no—, os limitáis a denunciar los crímenes contra la Justicia en manifiestos redactados en un lenguaje filosófico fuera del alcance de las víctimas. Defendéis a los propietarios con plomo, a los miserables con papel».

Tal es la cólera espléndida y dolorosa de este católico monárquico que no respira a sus anchas en su propia casa, tal es su acento inimitable para denunciar los atentados contra los pobres en nombre de una riqueza que no se atreve a decir su nombre. Es el hombre que se niega a dejarse engañar —y los otros con él— por los que «hacen trampas»: *Usted no ve, según dice, escribe a un colega, cómo se puede salvar la libertad sin organizarla al mismo tiempo. Yo veo muy bien cómo se la puede organizar y perder al mismo tiempo. Vuestros antepasados de 1848 conocieron esta desgracia. Organizaban la libertad. Incluso se hacían ayudar en sus trabajos por un doctrinario liberal cuyo nombre era Louis Bonaparte».*

Bernanos no se engañaba sobre las dificultades de su posición. Ningún otro hubiera podido sostenerla sin ceder. Algunas de sus cartas aluden a su situación: «Creemos todavía desafiar desde lejos, y desde arriba, a la mediocridad, cuando está ya dispuesta a retorcernos el cuello... En una palabra, se me aconseja la obra maestra al igual que una visitadora «bien pensante» alienta a un pobre diablo al ahorro», escribe en 1934; y añade: «Sentir y pensar como un refractario pero vivir y hacer vivir a los suyos según métodos y disciplinas aborrecidos, es tanto como resolver la cuadratura del círculo. Y ¡vaya máquina —para— abollar el alma!»



Es necesario que en cada época un portador de lo absoluto deje oír su voz. Bernanos, de pie ante las potencias del siglo y haciendo de la fidelidad una regla intangible, nos da más allá de la muerte una lección ejemplar. Ciertamente, muchos cristianos se sienten a disgusto frente a su obra, pues ha dicho y repetido que los cristianos modernos eran para él un perpetuo objeto de escándalo y saben que la actitud valerosa del autor de *La grande peur des bien-pensants*, les condena.

Su violencia, a menudo incomprensible, no es más que el reverso de su amor y de su compasión hacia todos los faltos de fuerza y de valor por haber dejado apagarse en ellos la llama prendida antaño en las laderas del calvario. La palabra que emplea tan a menudo —imbéciles— no es un ultraje o una expresión de desprecio bajo su pluma. Es una palabra que expresa su dolor, sus temores y su desesperanza frente a los que se lanzan ciegamente detrás de los charlatanes y de los magos del mundo moderno. Para avisarles del peligro, escribió durante la guerra esta admirable *Lettre aux Anglais*, cuyos trazos más significativos publicaron los órganos clandestinos de la Resistencia. *La France contre les robots*, debía ser el colofón de esta obra que agrandaba la historia hasta las dimensiones del universo espiritual del que era intérprete.

Bernanos ha muerto antes de haber sido plenamente comprendido. Su huraña independencia chocaba contra demasiados hábitos aceptados en los límites del conformismo. Instalado en América del Sur, después de los acuerdos de Munich, para «fermentar su vergüenza», experimentó una gran decepción desde su mismo regreso a la Francia liberada. Con el mismo fuego con que había denunciado el engaño del régimen de Vichy, clamaba a gritos que si la colaboración había sido una mentira, la Liberación era otra; puesto que, una vez más, la política se adornaba del prestigio de la mística. Su metafísica del honor no podía conformarse con un mundo que reconstruyan al servicio de las ambiciones y de los egoísmos. Los demócratas cristianos, embriagados por sus éxitos elec-

torales, no tuvieron mayor adversario que este libertario cristiano, enemigo de los compromisos y de las sabidurías burguesas.

¿Fue un hombre del siglo XIII extraviado hacia nosotros, como algunos pretendieron? No lo creemos. Su amor de la libertad, su angustia existencial, sus rebeldías y sus cóleras, son de un hombre de este tiempo de gran tribulación. Además, se puede pensar que Bernanos no se hubiera encontrado más a gusto en el universo de los escolásticos que en el de los modernos. No estaba de acuerdo sino con una mística campesina, como Juana de Arco, o con un luchador, como Santo Domingo.

En resumidas cuentas, estuvo tan solitario en el catolicismo como Kierkegaard en el protestantismo. No hemos de extrañarnos de ello. Como el filósofo danés, pertenece a la raza de los intemporales, de los purificadores. Sin embargo, se preocupa poco de la dialéctica. Es mucho menos intelectual, más apasionado y carnal que Kierkegaard. Pero siente como éste el drama que se representa en un mundo privado de fe.

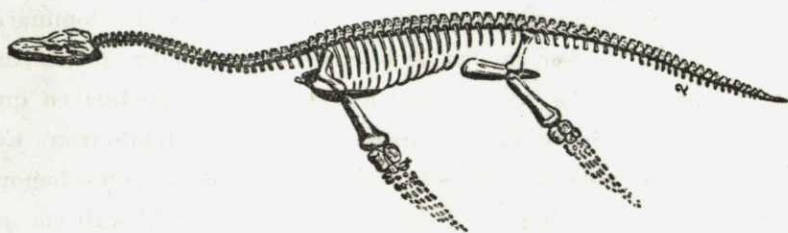
Su genialidad verbal podría, además, engañarnos sobre su pensamiento verdadero. Cuando se niega, por ejemplo, a aceptar, en el progreso científico las condiciones de una nueva etapa de la humanidad, no es porque sea un desdeñoso de la ciencia. Sólo se opone a una inversión de la jerarquía de los valores. Dice que lo que está hecho para servir al hombre no ha de dominarle, que el alma está por encima de la ciencia y el hombre por encima del Estado, que las técnicas son peligrosas en la medida en que, privadas de todo soporte espiritual, se vuelven totalitarias. Con más violencia todavía, denuncia el dominio del dinero y los honores que se le tributan bajo el disfraz bonachón de un liberalismo que condena a los pobres a ser unos oprimidos y a los débiles a no ser más que vencidos.

Su visión es clara. Todo está organizado en el mundo para el triunfo del mal, y, cada vez más, la libertad espiritual del hombre está amenazada por las dictaduras ocultas o confesadas que se instalan en el corazón mismo de nuestras sociedades en estado de descomposición avanzada. Para luchar contra las plagas cuya



llegada anuncia, no tiene más que su pluma. Pero, ¡qué pluma!  
«No se trata de engreirnos los unos ante los otros y de dárnoslas  
de astutos. Tenemos que saber que la amenaza que pesa sobre  
todos nosotros, no es de morir, sino de morir como imbéciles.»  
Había escrito estas líneas en las *Recontres Internationales de Genève*.  
Los que tuvieron entonces la dicha de oírle hablar de Europa  
y de los europeos, saben que este gran visionario no era un fenó-  
meno curioso y anacrónico, sino uno de esos grandes seres que,  
en medio del naufragio, señalan el faro a los ojos de los super-  
vivientes.

¡Qué exultante y maravilloso habría sido que los hombres de  
este tiempo, por fin despiertos de sus malos sueños, hubiesen  
corrido con él el riesgo de una revolución destinada a incendiar  
todas las fuerzas espirituales capaces de rehacer la juventud del  
mundo!



# REALIDAD Y FANTASIA EN LOS PERSONAJES DE AZORIN

Por ANGEL CRUZ RUEDA

**E**N abril de 1904 se imprimió en Madrid, por la librería de Fernando Fe y en el establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», un librito en octavo, de 124 páginas, titulado *Las confesiones de un pequeño filósofo*, novela, por J. Martínez Ruiz. Navarro Ledesma le consagró en el *A B C* de entonces, semanal o bisemanal, un primoroso artículo; lo elogiaron también otros ingenios. El librito en cuestión se ha editado, con ligeras adiciones, muchísimas veces. Innumerables son las que lo ha leído el autor de estas líneas. En todas esas impresiones, el capítulo XXVIII se titula «El abuelo Azorín».

Mi querido maestro *Azorín*, que es, como sabe el lector, el José Martínez Ruiz de ese libro famoso, escribe lo siguiente en dicho capítulo: «Una vez, allá en la primera mitad del siglo XIX, pasó por Yecla un pintor y retrató a mi bisabuelo paterno. No hemos podido averiguar quién era ese pintor; pero su obra es un lienzo extraño que ha cautivado a Pío Baroja, el gran admirador del *Greco*. Se trata de un lienzo simple, sobrio, de coloración adus-

ta; mi bisabuelo es un viejecito con la cara afeitada, encogido, ensimismado; tiene el pelo gris, claro, largo, peinado hacia atrás; sus ojos son pequeños, a medio abrir, como si mirara algo lejano y brillante (y ya veremos luego que, en efecto, lo que él estaba mirando siempre era algo brillante y lejano); su boca es grande, y la nariz hace un pico sobre la larga comisura.»

Continúa *Azorín* la descripción del lienzo, con el cual el artista desconocido «quiso hacer una obra maestra retratando a este viejo, lleno de cultura, filósofo terrible, que inopinadamente encontró en esta ciudad gris un día que pasó por ella». Después nos declara que lo *lejano y brillante* que el bisabuelo contemplaba a todas horas «era la esencia divina, Dios y su gloria, el Creador de todas las cosas con sus atributos de amor y de sapiencia. Lo diré en dos palabras mi bisabuelo, ante todo, era un teólogo.»

El biznieto conserva los manuscritos de las varias obras que redactó el bisabuelo y que, hombre modesto, no llegó a imprimir. Sólo a instancias de amigos y vecinos («estas viejas que entran en nuestra casa con el rosario, estos vecinos que vienen a calentarse a nuestra cocina») dió a la estampa una novena a San Isidro Labrador, y en cumplimiento de un deber de católico fervoroso, una obra erudita, que después examinaremos, contra Talleyrand.

*Azorín*, en las *Memorias* publicadas por vez primera en sus *Obras Selectas* (1943), pone como lema, «Los espectadores», estas palabras de su ascendiente: «Los seres inteligentes son los que tienen una existencia más positiva, más llena, más enérgica; por ellos tiene el mundo espectadores.» Repite el lema al ampliar los recuerdos con el título de *Memorias Inmemoriales*, ya en tomo aparte (1946); y también en el capítulo XXIII, consagrado a su primo y cuñado, Martínez del Portal, vuelve a hablar del bisabuelo de ambos, que posee «genio verdaderamente filosófico». Este espíritu se transmitió, según *Azorín*, a Martínez del Portal, hombre de Letras y Derecho, que se jubiló de notario en Madrid y se retiró a Levante, para meditar en el campo acerca de la Metafísica, que constituía su verdadera vocación.

Finalmente, *Azorín* tornó a tratar de su bisabuelo paterno en

el *A B C* (9 de diciembre de 1948), con el título de «Don José Soriano». Este señor es, para nosotros, el pensador ignorado a quien estudiaremos en una de sus obras originales y en las notas manuscritas en un tomo de famoso historiador.

### *Tierra nativa*

Mas, dediquemos una líneas a la tierra donde nació don José Soriano García. Yecla es el pueblo nativo, en el cual vivió noventa y tantos años, entre los siglos XVIII y XIX, don José Soriano. «Yecla», ha dicho un novelista, «es un pueblo terrible», se lee al empezar el capítulo XIV de *Las confesiones de un pequeño filósofo*. El novelista a quien *Azorín* se refería es Pío Baroja. Reciente (1902) estaba entonces la novela *Camino de perfección (Pasión mística)*, donde el narrador vasco pinta el pueblo de «Yécora», en los capítulos XXXIII-XLIV, de manera despiadada; despiadada para el pueblo y sus habitantes, lo cual ya no es indiscreción darlo a conocer, puesto que todo esto es historia.

*Azorín* considera a Yecla, delicadamente, como una de las dos ciudades que influyeron en su espíritu y que reflejó en *La Voluntad*. En las *Memorias Inmemoriales* la denomina «la Ciudad adusta». La otra es la Ciudad apacible: Monóvar. Ciudad apacible, recostada en la falda de una colina, al mediodía, con huertos y palmeras de finos troncos. Cielo de azul pálido y suelo de yeso casi brillante, por el cual resbala el agua cuando, muy de tarde en tarde, llueve en turbonadas; ciudad levantina, de habitantes sanos y de rápida comprensión. La Ciudad adusta, también en un monte, al norte, con tierras paniegas, viñas y olivares, con huertas, y en el pueblo varias iglesias y ermitas más o menos próximas. Abundancia de lagares y almazaras. Olor de leña quemada; aromas de membrillos. Durante ocho años de su infancia, *Azorín* permanecía ocho meses del curso académico en el Colegio de los Padres Escolapios, en donde se formó su espíritu. Allí, su amor por la Naturaleza, buscando plantas, minerales e insectos en los paseos, o la meditación en la espera del buen tío Antonio que había de



acompañarle al internado. En este ambiente de hombres cordiales y de acendrado catolicismo se desarrolló la existencia de don José Soriano García, bisabuelo paterno de *Azorín*, aunque el biznieto por antonomasia le haya denominado siempre «el abuelo Azorín». La memoria del bisabuelo merece que se la honre: porque el caballero es, ciertamente, un gran pensador, a juzgar por la obra que vamos a examinar y que debería editarse de nuevo, ya que si en filosofía hay modas, como las hubo siempre, la verdadera filosofía —sea cual fuere su dirección y no digamos la filosofía perenne— no puede ser jamás anticuada. A ningún discreto se le ocurriría calificar de inactual, precisamente por serlo de todos los tiempos, a Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Vives..., por no citar sino unos cuantos. Y Soriano García, a quien no emparejo con esas cumbres, es hombre que resalta sobre la vulgaridad; es hombre de opiniones tan originales como profundas. Veamos su libro y, después, las notas escritas por su pluma al margen de un famoso tomo de Historia.

### *El libro contra Talleyrand*

Se titula así: *El contestador/a una carta,/que se quiere suponer escrita/por el (ahora)/Príncipe Tayllerand (sic)/al Sumo Pontífice Pío VII./Su autor/D. José Soriano García./Viñeta de la Justicia./Alcoy:/Impreso por José Martí./Mayo de 1838./Hasta el el Fin (otra viñetita) consta de 277 páginas más dos de Erratas. No contiene índice ni división en capítulos. En la pág. 2, al reverso de la portada, esta sentencia con la que asimismo termina el libro: «*In communi causa/omnis homo miles*» (para la defensa común, todos somos soldados). El libro, de tamaño pequeño, está impreso con caracteres de los llamados egipcios. El biznieto *Azorín* anotó al final, con lápiz, las páginas de veinte pasajes.*

¿Quién fué Talleyrand? Carlos Mauricio Talleyrand-Périgord, nacido en 1754, falleció el mismo mes en que Soriano imprimió su libro. Fué, como sabrá el lector, obispo, diplomático, duque de aquellos apellidos, príncipe de Benevento. En política bulló des-

de 1789 hasta la firma de la Cuádruple Alianza (1834). Conoció, de consiguiente, las épocas de Luis XVI, la Asamblea Nacional, el Directorio, el Consulado, el imperio de Napoleón y la de Luis XVIII. Fué ministro, presidente del Gobierno, hombre muy rico e ingenioso que se destaca en el Congreso de Viena. Excomulgado por Pío VI, se debe en gran parte a Talleyrand el Concordato que restableció el catolicismo en Francia (1802), por lo cual Pío VII le dispensó de los votos eclesiásticos y otorgó validez canónica al matrimonio civil de Carlos Mauricio con la señora Grand. Balmes, en la pág. 319 del tomo 24 de sus Obras Completas le define así: «era cojo y dominaba la diplomacia europea».

Pues contra este hombre que, como escribió irónicamente *Azorín*, ya no se acordaba de que había sido obispo, *El contestador* don José Soriano lanzó su respuesta. Supone que se dirige a un amigo que le remitió el folleto titulado «Carta del Príncipe Tayllerand (sic) a el Papa Pío VII» y que le insinuó remitiera sus «observaciones y reflexiones sobre esta horrorosa producción» que aglomera «sin recato, tantas falsedades y patrañas e imposturas, como las que contiene la carta». Así es que no reputa autor de la carta a Talleyrand (así corrige *Azorín* en la cubierta), sino que hablará de ella como obra de un incógnito, y sus reflexiones «habrán de entenderse dirigidas, más contra su contesto, que contra quien lo escribió».

El autor de la Carta «no se atreve a proclamar abiertamente el ateísmo, pero pretende establecerlo de un modo simulado y doloroso». Examina la definición de Dios («el gran principio de los seres»), tan en oposición con el de la Teología cristiana («Yo soy el que soy»); la del alma («soplo dimanado del gran principio de los seres» que, muerto el cuerpo, «vuela al seno de la eternidad y va a parar al vasto océano de las luces»), emanatismo que rechaza Soriano, así como la inmortalidad —no individual— «con el todo a que se incorporan» esas almas. Pone de relieve la contradicción de que la materia sea eterna, y que sus combinaciones y formas y las cualidades atributivas de éstas sean variables. Analiza el concepto de eternidad —en Talleyrand— «no ya de lo que llamamos

mundo, sino de la materia de la cual el mundo se compone». En conclusión de su razonamiento, afirma Soriano: «que si la materia es eterna e increada, no existe Dios; y que si Dios existe, no puede ser increada y eterna la materia»; «monstruoso corolario de la no existencia de Dios» el primero. «Dios es el que es —afirma Soriano, en la pág. 56— y está en sí mismo. Dios tiene una fecundidad interior en virtud de la cual nunca está pasivo: Dios es eterno con una eternidad, que no tiene antes ni después; la sucesión no existe en Dios, sino en la imaginación del que confunde la eternidad con el tiempo.» «Mentiroso probado», llama al autor de la Carta (pág. 58), por atribuirle a Moisés la distribución del tiempo en estaciones, años, meses, semanas, días y horas, y por considerar «ficción geroglífica» la historia de la Torre de Babel y a los judíos «esclavos idumeos de origen», no descendientes de Jacob, sino de Esaú o Edon. Continúa Soriano recorriendo las «mentiras» de la Carta: contra la larga vida de los Patriarcas, según la narrativa de Moisés, contra el diluvio —«mentira y calumnia» la negación de la Carta—, contra el origen del hombre, no formado por Dios, según la Carta, «o a lo menos que no le ha formado por una acción inmediata».

Se detiene Soriano en refutar al autor del folleto, el cual emplea «un denguaje capcioso y rodeos miserables para traducir como fabulosa la existencia de Jesucristo»; para desfigurar el origen del cristianismo y el carácter de su doctrina; y para dar entrada a una vergonzosa fábula «introducida por los Rabinos en el Talmud, la del supuesto Ananías; así como rebate a Talleyrand, o quien sea el autor del escrito, «los desahogos de su rencoroso furor contra esta religión divina», que es el cristianismo; en especial, lo de que todo lo que hay de hermoso en moral religiosa, ha sido sacado de Platón, facción por facción», lo cual es —escribe Soriano en la pág. 198— «la mayor de las calumnias». Hermosas son las veintitantas páginas que dedica a la doctrina de Jesús, a partir de la 201. Si el cristianismo «se gradúa por los incrédulos de enfermedad», siga el linaje humano «con su incurable dolencia, quedando, se supone, esentos y francos de ella nuestros señores filósofos ilus-

trados». La arrogancia de esos hombres dimana del orgullo y la corrupción. De ahí proviene ese panteísmo; de ahí «ese odio del autor de la Carta y de todos los incrédulos contra los libros sagrados, que él llama Biblia; de los cuales se manifiesta tan ignorante, que se atreve a confundirlos con el Talmud, almacén de delirios judaicos». El hombre sincero y de corazón limpio que se recoja a meditar no dejará de discurrir que el ateísmo «es la suprema locura o un error brutal». Luego, continúa (pág. 247): «Yo medito; y conozco que los seres inteligentes son los que tienen una existencia más positiva, más llena, más enérgica; por ellos tiene el mundo espectadores; sin ellos faltaría esta admirable correspondencia que resulta de ser el universo aspeetable e inteligible y de haber quien lo contemple, lo estudie y lo admire; correspondencia que no existiría en la hipótesis del ateísmo». Mas el único ser que en tierra puede conocer a su Hacedor, esta criatura lo ve con dolor— es la única que quebranta sus leyes, «la única que pervierte el orden, y la única que conoce lo que debe hacer, y no lo hace; que aprueba lo bueno, y no lo practica; que vitupera lo malo, y sin embargo lo abraza». Son «furores de un loco», los del autor de la Carta, contra la autoridad —porque «la declamación contra los abusos es muy grata para aquellos espíritus, que piensen que los abusos destruyen la legitimidad del poder que los cometen». Termina con enérgica y elocuente «vindicación particular del cristianismo contra la imputación que el autor le hace, censurando lo de fautor de la tiranía». Páginas, entre todas, admirables son las dedicadas a la Naturaleza, que ya *Azorín* puso de relieve.

Este caballero que medita en ciudad de civilizaciones antiguas, y que, entre sus devociones, lee a los más célebres filósofos, considera a Benito Espinosa —según el biznieto observó perspicuamente— como su «gran adversario». Espinosa, a quien Julián Marías estima «inserto en una tradición filosófica múltiple» —cartesiana, escotista, ockamista, suarista, hebraica, etc.—, no podía ser tolerado, por Soriano, en su panteísmo (*Deus sive natura*), ni en su determinismo, ni en su moral racionalista, opuestos a la lógica clara del caballero murciano.



«¿Cómo explicar que un pensador de tal fuste haya sido ignorado? ¿Cómo hoy, con tanta rebusca bibliográfica, se le ignora?», se pregunta *Azorín*.

Otro personaje azoriniano, «el tío Antonio», decía que Soriano García «ganaba por la mano a Balmes». El biznieto no llega a tanto; pero se siente cautivado por este pensador «tan cerca de nuestra inteligencia y de nuestro corazón. En 1838 y en España no lo hay más fuerte. Balmes, cronológicamente, viene un poco después».

Como que, en 1838, Jaime Balmes trabajaba en *El Protestantismo*, que no había de empezar a publicar hasta 1842, y daba a luz sus primeras poesías, seguidas en 1839 de sus opúsculos. Hasta los tres últimos años de su vida (recordemos que falleció el 9 de julio de 1848) no escribió sus obras filosóficas, que son, en opinión de Joaquín Carreras Artau, «una secuela de su labor apologética».

Agreguemos nosotros que Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, no había de abjurar hasta 1848 su antiguo racionalismo. Decía, pues, bien *Azorín*: en 1838 no había en España pensador más fuerte que don José Soriano García.

### *Notas en un tomo de historia*

Las notas del pensador ignorado están manuscritas al margen de un tomo de Robertson; libro que el biznieto del pensador guarda con cariño. Le reiteramos públicamente nuestra gratitud, porque nos permitió estudiarlas a conciencia.

Guillermo Robertson nació en Borthwick en 1721 y falleció en las cercanías de Edimburgo en 1793. Fué hijo de un pastor presbiteriano, y párroco él mismo, escritor y orador. Famoso por la *Historia de Escocia*, se le concedieron otros títulos. El libro a que vamos a referirnos lo publicó en Londres en 1769. Plumas autorizadas lo estiman discípulo de Voltaire y, de consiguiente, representante de la historiografía racionalista del siglo XVIII; y, en efecto, según el traductor español, Voltaire escribió a Robertson: «Hace quatro días que he recibido el rico presente con que me habeis

honrado. Estoy leyéndolo, a pesar de una horrible fluxión que me hace recelar perder enteramente la vista. Olvido con él todos mis achaques. A vos y a Mr. Hume toca escribir la historia. Sois eloqüente, sabio e imparcial. Me uno a la Europa para estimaros.» A pesar de esa actitud liberal, irreligiosa, contraria a la concepción teológica de la Historia, incapaz de comprender otros tiempos y otras creencias, con tendencia a la abstracción, exceso de pragmatismo y teoría de las catástrofes como causa principal de los cambios históricos; a pesar de estos aspectos y de otros más, se le juzga como acaso el historiador inglés que acertó a interpretar el desarrollo político de la Edad Media a la Moderna y que fué más comprensivo para la acción civilizadora de la Iglesia, en aquella y en América, aunque en su *Historia de América* se mostró hostil al espíritu español. De Robertson procede el exagerado valor concedido a las Cruzadas en sus influjos renovadores de la cultura europea.

El libro que tenemos ante nosotros se rotula así: *H.<sup>a</sup>/del/reinado del Emperador/Carlos Quinto,/precedida/de una descripción de los progresos de la sociedad/en Europa desde la ruina del Imperio Romano/hasta principios del siglo XVI./Su autor/Mr. Robertson, Dr. en Theología,/Rector de la/Universidad de Edimbourg, e historiógrafo/de S. M. B. para la Escocia./Obra traducida del inglés al español/por/D. Félix Ramón Alvarado/y Velaustegui./Tomo I./Madrid./Imprenta de I. Sancha./1821.*

El tomo de Robertson es de 14,5 × 22 cm., en fino papel de hilo, XX pág. + 209. Han de añadirse 170 de pruebas e ilustraciones escritas, 24 con la Tabla de materias, 4 con fe de erratas y 14 con lista de suscritores en Madrid y provincias.

La dedicatoria del traductor, fechada en la villa y corte a 11 de marzo de 1821, ocupa seis largas páginas elogiosas en extremo dirigidas al Duque de San Fernando de Quiroga, Marqués de Melgarejo, amigo durante veintitrés años.

La del autor, «A Su Magestad el Rei de la Gran Bretaña y de Irlanda, &c.», contiene la afirmación de que Carlos V atrajo diversas calamidades a sus Estados «por la desmedida ambición, que le



señoreó de ser conquistador, sin convencerse de la felicidad, que disfrutaban [los ingleses] y sin volver agradecidos su vista a V. M.».

En el prólogo del traductor español, declara que ha suprimido ciertos pensamientos del original, «quizá no del gusto de algunos lectores de nuestro país»; es decir, nos brinda a todos «con el precioso fruto de Mr. Robertson, pero sin espinas».

En la advertencia del traductor francés a la 3.<sup>a</sup> ed. (la de Mr. Suard, en 1817), éste manifiesta los apasionamientos del autor, aunque «de todos los historiadores protestantes es tal vez el más moderado en sus escritos».

En el Prefacio del Autor se justifica el tema de su libro, porque el siglo de Carlos V señala el período «en que el estado político de Europa comenzó a tomar nueva forma»; razona el no haber tratado de las conquistas de los españoles en América, y del volumen preliminar como introducción referente a Europa antes de dicha época.

\* \* \*

La primera nota de Soriano es al margen de la pág. 17, cuando discurre el autor acerca del feudalismo. Escribe aquél, en tinta que ya es de color sepia: «En esta época fue cuando el Poder de los Papas, reprimió la violencia destes males.» En la pág. 19 comenta así la afirmación de que Carlo Magno restituyó al Gobierno la fuerza perdida, aunque ésta desapareció a la muerte del Emperador: «Los Papas auxiliaron estas empresas de Carlo Magno y los obispos franceses fueron, según Gibbon, los q.<sup>e</sup> formaron la monarquía francesa.» Pág. 21, al escribir el autor que en el feudalismo la misma religión cristiana degeneró en grosera superstición, comenta Soriano: «La religión no degeneró, sino que los hombres no la estudiaron bien, en sus fuentes, ni se aplicaron a su espíritu y otros abusaron de ella.» Pág. 24, creído el fin del mundo, entre los siglos X y XI, comenta nuestro pensador: «¡Disposiciones de la Providencia!»

«Adviértase esto» y «Nótese esto», llama la atención Soriano

en las páginas 29 y 31, al declarar Robertson que a las Cruzadas debióse que empezaran a disiparse las sombras de la ignorancia y la barbarie, y que los cruzados se pusieron bajo la inmediata protección de la Iglesia. Al afirmar el irlandés que la libertad de las ciudades empezó en Italia, apostilla Soriano (pág. 35): «Luego los Papas y obispos que tuvieron tan gran parte en la libertad e independencia de Italia son los que más contribuyeron a los felices resultados de que habla el autor (cuerpos políticos, privilegios, actividad en los espíritus...)». Con ocasión de los motivos y progresos en las manumisiones (1315, 1328 en Francia), pregunta Soriano al margen de la pág. 44: «¿Por qué el Autor se olvida de hacer mención de que la Religión fué la que preparó y condujo los espíritus a este gran paso? ¿Por qué no recuerda que un Concilio presidido por un Pontífice benéfico decretó la libertad de todos los cristianos?» Escribe Robertson, al tratar de la abolición de la práctica de las guerras particulares: «Es tan natural al hombre repeler las injurias, y buscar un resarcimiento a los agravios que le hacen, como cultivar la amistad de los otros.» El comentario de Soriano (pág. 47) es tajante: «Corrompido y degenerado.» Al reconocer el autor que muchos Concilios vedaron esas guerras y lanzaron los más severos anatemas contra los perturbadores (pág. 51), advierte Soriano: «Nótese esto.»

Afirma Robertson que cuando los hombres no comprenden el modo cómo Dios rige el universo por las leyes constantes y generales, se inclinan a que el Ser Supremo interponga su Omnipotencia para vengar la inocencia y castigar el vicio, lo cual sugiere a Soriano (pág. 56) esta exclamación: «Cuidado, cuidado.» Y en la siguiente: «Se ofrece preguntar aquí, si los Juicios de Dios o apelaciones a el Cielo no tenían un suceso palpable, ¿cómo pudieron prevalecer por tanto tiempo?» Según Robertson, progresaron «las usurpaciones eclesiásticas» cuando los bárbaros que inundaron el Imperio Romano abrazaron la religión cristiana y consideraron a las personas de los sacerdotes tan sagradas como sus funciones. Discrepa Soriano (pág. 70): «el Autor se equivoca mucho en esto, al menos en cuanto a España, pues Masdeu en su «Historia Crítica»

suministra copiosas pruebas de que la inmunidad eclesiástica fué limitadísima, o ninguna bajo la dominación de los godos; y aunque después comenzara a introducirse ciertamente, no tuvo consistencia hasta que la tuvieron las Leyes Alfonsinas.» Confiesa Robertson (pág. 72): «De este modo el genio y los principios del derecho canónico prepararon los espíritus a aprobar las tres grandes mudanzas en la jurisprudencia feudal, que acabo de exponer.» Aclara Soriano: «Estas tres mudanzas son: la abolición de los combates sueltos; la abolición de las pruebas supersticiosas, de las purgaciones, de los juicios llamados de Dios y del combate judicial, y la limitación y disminución de la Jurisdicción de los Grandes y Barones en las causas de su territorio.» Afirma Robertson (página 78): «La humanidad, la valentía, la justicia, y el honor eran las qualidades distintivas de la caballería; qualidades que la religión, que se mezclaba en todas las instituciones, y pasiones de aquel tiempo (Soriano anota al margen: «y en todos los tiempos») exaltaba más.» En la página siguiente escribe el historiador: «Las costumbres se pulieron, y suavizaron desde que la cortesía fué mirada como la virtud más amable de un caballero.» Anota el comentarista: «Influencia religiosa.»

Página 84; se lee en el texto: «Es extraordinario el empeño con que los hombres se entregaron a estudios tan poco halagüeños [en la Edad Media]; jamás la buena filosofía se cultivó con mayor celo en los siglos más ilustrados.» Y al margen: «Influjo de la Religión.» En opinión de Robertson, las Cruzadas abrieron entre Oriente y Occidente «una comunicación más dilatada, que subsistió por muchos siglos» (pág. 87); y Soriano escribe: «Por eso decimos: sin estas guerras santas, ¿qué sería de la Europa aun?» Subraya Soriano, con lápiz rojo, esta nota del traductor español respecto a la autoridad de los Papas (pág. 98): «Como príncipes temporales, deben emplear todos los medios que admite la política», que es la respuesta a Robertson, de que «aquella autoridad se sostenía con artificios e intrigas».

Al tratar Robertson de la división de Italia en pequeños Estados, al empezar el siglo XVI, Soriano comenta extensamente (pá-

ginas 136 y ss.): «La autoridad de la primacía del Papa es de origen divino. El Evangelio y la tradición universal atestiguan esta verdad. Es cosa que sorprende ciertamente la ceguedad de los hombres, por otra parte, de talento y literatura. Robertson no pudo menos de confesar aquí que toda la Europa estuvo de hecho sometida al juicio de los Papas; pero de este hecho no saca las consecuencias justas que debiera: si, en efecto, la Europa se entregó a la dirección de los Pontífices, y esto no nació, como confiesa el mismo autor, de la fuerza y pujanza de su señorío temporal, nació, sin duda, de que la autoridad espiritual de los Pontífices, su saber y su dirección, se hicieron objetos de tan alta importancia y de tan provechosa influencia en los siglos de oscuridad, de revoluciones, de violencias y de contiendas, que los hombres desprovistos de otro punto de luz, de protección de poder y de fuerza capaz de poner un dique al mal, se acogieron a la autoridad pontifical con un éxito acreditado, y, en efecto, fué así. La autoridad, pues, asombrosa que los Papas ejercieron en estos tiempos, sobre tener un fundamento en el justo respeto que les merecía su carácter de cabezas de la Iglesia Católica por divina institución, fué legítima por el consentimiento universal que acudió a ella y la reconoció para toda clase de negocios. Así que atribuir indistintamente la autoridad pontificia a causas puramente humanas, es una heregía, pues la primacía papal y sus atribuciones inherentes son de derecho divino; las prerrogativas que le añadieron los cánones y las que se le agregaron por el grito de la común condescendencia o de la necesidad y utilidad de las mismas Naciones Christianas, fueron recursos que la Divina Providencia sugirió en tiempos tan difíciles; si las circunstancias mezclaron abusos, condición es ésta de que no puede escapar nunca la flaca humanidad y que nada prueba contra el fondo y sustancia de las cosas.»

Antes de las páginas finales de este comentario, puesto que margina varias de ellas, escribe Soriano lo siguiente, a propósito de la insuficiencia de los dominios de los Papas, según Robertson, para sostener su jurisdicción espiritual (pág. 137): «Muchos dicen que aunque los documentos en que se contienen estas donaciones



se supongan apócrifos, una multitud de sucesos pusieron en manos de los Papas aquellos Estados y legitimaron su posesión de una manera más expresa que si constase por instrumentos rigurosos.» Al hablar Robertson (pág. 181) de que mientras reinaban los descendientes de Hugo Capeto «los Estados generales (así se llamaba la Asamblea de la nación francesa) perdieron el poder legislativo, o a lo menos abandonaron su ejercicio», Soriano escribe el conocido grito de «Constitución o Muerte».

Terminado el texto de este tomo I, siguen con numeración distinta las «Pruebas e ilustraciones de la Introducción al estado de Europa, reinando Carlos Quinto», que son las discusiones críticas a las que Robertson concede la mayor importancia; tanto que los lectores «más instruídos las reputarán tal vez por la parte más curiosa e interesante de toda ella». Sólo dos apostillas pone Soriano: la una a la nota 20 (pág. 59 de las mismas), cuando Robertson cree que «el espíritu de la religión christiana luchaba contra las máximas y usos del mundo, y contribuyó más que ningún otro motivo a introducir la costumbre de enfranquecer a los esclavos». «Nótese esto», advierte Soriano, como en pasajes anteriores. La otra nota, a las tres páginas siguientes, con motivo de los oblatos o siervos voluntarios de las iglesias y de los conventos; y el comentario es: «En esto quizá se funde el Conde Maistre para decir que el estado religioso es la esclavitud ennoblecida.»

Resalta en todo lo anterior —en el libro original y en los comentarios a Robertson— el catolicismo acendrado de don José Soriano García, defensor integérrimo de cuanto a la Iglesia se refiere. Sean cuales fueren las apreciaciones que sugieran estas notas a los doctos en Historia, de los que no formamos parte, el hecho es que pensamos si la ideología del bisabuelo ha dejado huella en el biznieto con la que imprimiera en el alma de *Azorín* la dulce madre. Porque, aparte naturales audacias de la juventud, Santa Teresa, los dos Luises, San Juan de la Cruz, las viejecitas rezadoras y la piedad por los pobrecitos, fueron siempre temas dilectos del querido maestro *Azorín*.

Asimismo Soriano García infundió sus aficiones en don Isidro

Martínez Soriano, el padre de *Azorín*, de quien el hijo recuerda, en las ediciones aumentadas de *Las confesiones*, que «gustaba preferentemente de libros de Historia y de viajes. Había leído y releído a Robertson, Forneron, Thiers, Lafuente». Y en las *Memorias Inmemoriales* dice: «A su padre lo veía, a prima noche, antes de cenar, sentado de costado ante su mesa y leyendo un libro de Historia. Siempre su lectura favorita fué la Historia.»





# GRANDEZA Y MISERIA DE REMBRANDT

Por JULIO ANGULO

**R**EMBRANDT es una de las personalidades más espléndidas del mundo del arte. No predominó en su época porque vivió retraído y al margen de su tiempo; Rembrandt no fué nunca pintor de moda. Entonces, Holanda y toda Europa sólo apreciaban lo que venía de Italia y trascendía a la antigüedad; pero Rembrandt jamás se sintió atraído por la influencia italiana, y hasta renunció a hacer un viaje a Roma. Sus contemporáneos le desconocían. Rubens, embajador; Miguel Angel, pariente del Papa; Rafael y Van Dyck, consanguíneos de grandes príncipes, se daban vida de potentados; a diferencia de Rembrandt, que vivió como un sencillo burgués hasta el momento de su catástrofe moral y material.

Ningún indicio hacía suponer que Rembrandt hubiese nacido predestinado para ser pintor. Fué el quinto hijo de un molinero de Leyde. Sus hermanos mayores siguieron el oficio del padre, y Rembrandt, que parecía mejor dotado, entró en una escuela latina, en la que esperaban hacer de él un jurisconsulto o un predicador. Pero tenía trato frecuente con un pintor que residía en

Leyde: Swanenbrurch. De aquellas visitas frecuentes a su estudio nació la vocación profunda de Rembrandt. Swanenbrurch fué un pintor maestro; en su barraca aprendió los rudimentos del oficio y por los paisajes de sus pinceles conoció Italia, sus monumentos y sus estatuas. En 1624 se trasladó a Amsterdam e ingresó en el estudio de Petro Lastman; allí estuvo tres años, y, por vender sus obras, se asoció al grabador Juan Jorge Van Vliet. Rembrandt trabajó entonces infatigablemente; se consagraba con entusiasmo a pintar paisajes bíblicos, temas familiares o retratos de sus padres, hasta que llamó la atención de Enrique Nassau, que le protegió en su carrera de un modo eficaz.

### *El amor y la fama*

En 1631, a los veinticuatro años de edad, Rembrandt conoció a Seskia, la mujer que después sería su esposa. Era sobrina de Van Uylembrurch, uno de los personajes más célebres en el mercado de curiosidades de la ciudad, traficante en cuadros y antigüedades. El negocio interesó mucho a Rembrandt y comenzó por prestar a Uylembrurch mil florines de la cantidad que había heredado de su padre, el viejo molinero, muerto el año anterior.

A la joven pareja Saskia-Rembrandt le sonreía el amor y la fortuna. Era ya un retratista de fama en 1634 y estaba rodeado de discípulos. Trabajaba feliz, y de esta época son sus retratos admirables y los grupos que han perpetuado después su arte, como el célebre cuadro «La lección de Anatomía del profesor Tielp».

Junto a estas obras hechas por encargo, Rembrandt pintaba para deleitarse asuntos religiosos, como «Cristo ante Pilatos», «El juramento de San Juan Bautista». En ellos reproducía su propia efigie y la de su mujer, a la que representó de Susana, de Flora o de Danae; unas veces al desnudo y otras luciendo lujosos atavíos y cubierta de joyas.

Los considerables ingresos que obtenía con su paleta los empleaba en adquirir obras en las casas de los anticuarios. La pintura

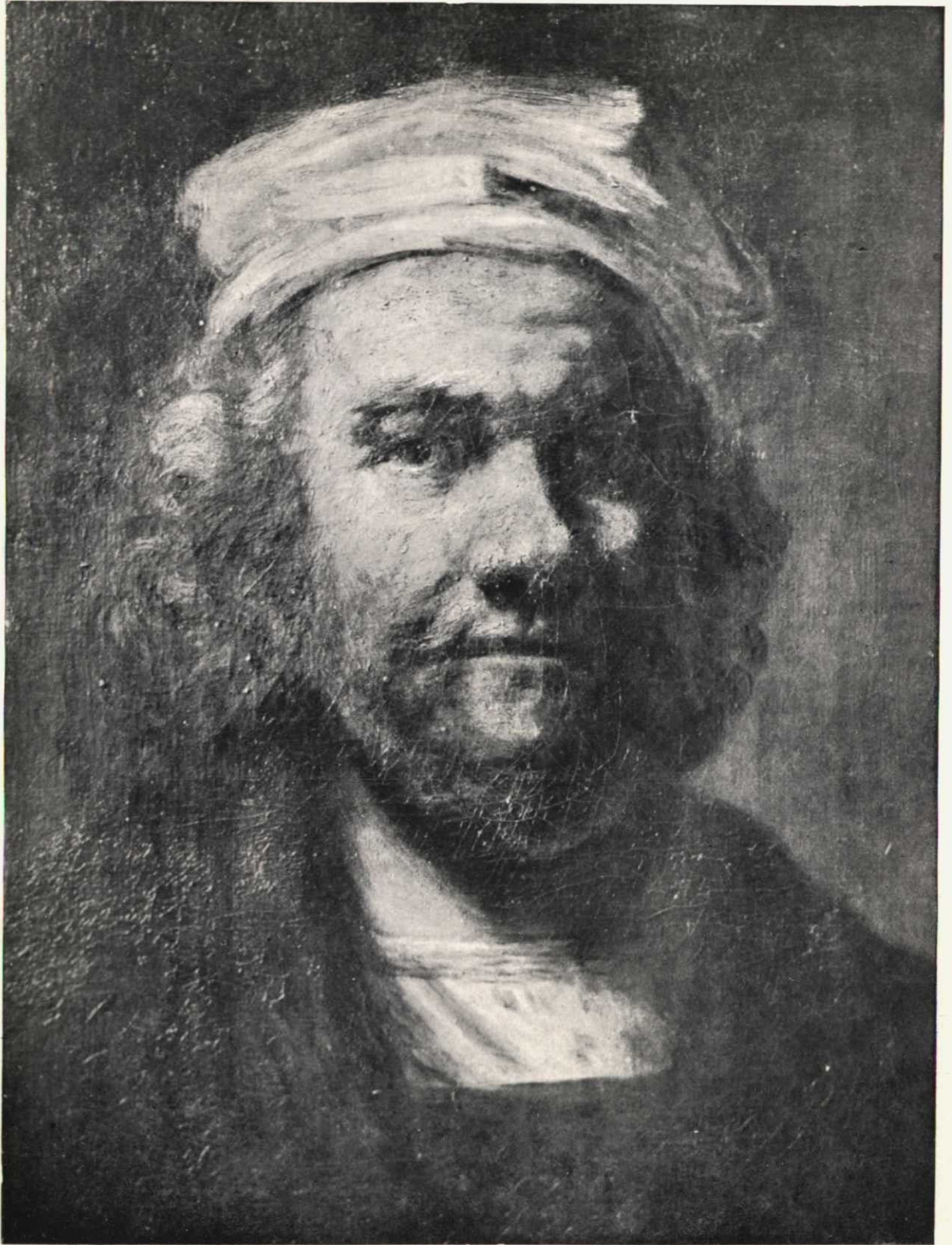
y la agradable tarea de coleccionar cosas bellas constituían para Rembrandt su mayor goce. Para coleccionar sus compras adquirió en 13.000 florines una magnífica casa de ladrillo con dos pisos espléndidos, soleados y amplios, y los llenó de muebles, de armaduras, de joyas, hasta convertir su residencia en un museo.

### *En la pendiente de las humillaciones*

En 1642 murió Saskia, y su fallecimiento señala el término de la vida venturosa de Rembrandt, cuando sólo tenía treinta y seis años.

Saskia le dejó un hijo —Titres—, que contaba un año cuando la madre murió. Saskia legó sus bienes a Rembrandt en usufructo, exentos de gravamen por cuenta de tutela, con la condición de que no se volviera a casar. Esta cláusula del testamento tuvo fatales consecuencias para el artista; no podía vivir solo en aquella residencia enorme; necesitaba alguien que cuidase de su hijo, y se lo confió a Geertghe Dierse, viuda de un trompeta. La mujer vestía traje de campesina; tenía los pómulos salientes, los ojos redondos; en suma, carecía del menor atractivo físico. Rembrandt vió en ella, sin embargo, algo más que una sirvienta.

Siete años permaneció la viuda en la casa, al cabo de los cuales la abandonó, después de un escándalo, porque se había hecho la ilusión de que el pintor la convertiría en su esposa. Reemplazó a esta mujer la joven Hendrikeje Stoffel, que luego nos la dejó Rembrandt inmortalizada en sus cuadros. A los dos años de vivir en casa del artista, la Stoffel tuvo un hijo, y el Tribunal del Consistorio de la Iglesia Reformada la excomulgó. El pintor reconoció al niño, pero las autoridades eclesiásticas le privaron del derecho a los honores que le correspondían entre los nobles de la ciudad. Al mismo tiempo la situación del artista empeoró considerablemente, debido a la crisis que sufría Holanda, ocasionada por la guerra y la peste. El dinero escaseaba y disminuía la venta de cuadros; la firma de Rembrandt caía en descrédito.



Rembrandt. (Autorretrato).—Museo del Prado.



Acosado por los acreedores, el pintor se vió obligado a buscar dinero a todo trance, lanzándose a la especulación y a realizar operaciones aventureras, que le hicieron caer en el campo de la Justicia. El final fué la subasta de su casa-museo en circunstancias desastrosas. Aun cuando Rembrandt se deshizo de todo, quedó como un deudor insolvente.

Pese a las calamidades, su espíritu no se abatió; por el contrario, continuaba pintando obras admirables, aunque no lograba venderlas. Durante este forzado retrainimiento su genio llegó al apogeo. Jamás se había sentido más vigoroso, a la vez que nunca había sido más miserable. Probó todas las humillaciones de que es víctima el artista que sobrevive a su gloria, y llegaron hasta a rechazar sus obras para preferir las de sus discípulos.

El 8 de octubre de 1669 murió Rembrandt. Sus restos fueron acompañados al cementerio únicamente por tres personas. Y fué necesario que transcurriera un siglo para que fuese proclamado pintor genial.

### *Anecdótico*

Rembrandt era hombre en extremo avariento; sus mejores comidas se componían de arenques secos y de queso, y se daba verdaderos banquetes con tan sencillas viandas, que cualquier artista hubiera despreciado.

La más fantástica de sus estratagemas crematísticas fué la de hacer correr el rumor de que se había muerto. Inmediatamente comenzó a subir el valor de sus obras; llegó un día en que alcanzaron un precio cinco veces mayor que el originalmente asignado. Los coleccionistas invadían su estudio, y la aparente viuda embolsaba florines a manos llenas.

Al lado de estos rasgos, que demuestran una codicia y una sequedad grande de corazón, vemos acciones que denotan todo lo contrario. Una vez estaba pintando un retrato de familia que había ajustado en una cantidad elevada. Los retratados eran ricos



y Rembrandt quería complacerles. Ya había agrupado las principales parejas, cuando le anunciaron la muerte de un mono al que quería mucho. El gran pintor exhaló un suspiro y, sin proferir palabra, continuó pintando, pero no las líneas fisonómicas de la familia burguesa, sino las del mono fallecido. Naturalmente, la familia aquella se indignó al ver incluido en el grupo al simiesco personaje, y exigió del pintor que borrara aquella mancha; pero Rembrandt no quiso, y se llevó a casa el lienzo.

Una de las cosas que más molestaban a los contemporáneos del artista holandés era la aplicación que daba a las grandes cantidades de dinero ganadas en el ejercicio de sus pinceles. Pronto se convencieron de la verdad, al ver que todos los florines ganados los había invertido el maestro en crear para su deleite artístico una magnífica galería; pero sus riquezas fueron pronto dispersadas por la subasta judicial a que le llevaron sus deudas.

Una de las características de Rembrandt era su enorme vocación, su entusiasmo por el arte que practicaba; por eso toda su obra representa un trabajo inmenso. A tal punto llegaba su afán de pintar, que cuando no tenía encargos se dedicaba a retratar a sus familiares, o incluso se retrataba a sí mismo. Solamente de autorretratos suyos se conocen cuarenta.

La vejez de tan inmenso artista fué en extremo dolorosa, hasta darse el caso de tener que salir a la calle, ya sexagenario y enfermo, a hacer retratos al carbón sobre las losas de la vía pública para no morir de hambre.

Una noche Rembrandt volvió a su bohardilla sin haber recaudado lo preciso para la cena y un leño para calentarse. La noche era horriblemente fría; Rembrandt se quedó dormido tal como había llegado de la calle, y despertó en la inmortalidad. Al día siguiente unos vecinos reunieron un puñado de florines indispensables para dar tierra al cadáver, y sus restos fueron a descansar para siempre en la oscura parroquia de Westerkerk.

Hoy su patria le ha rendido muchos homenajes; es una reparación de la cruel injusticia cometida por la Holanda del siglo XVII con su genial artista.

# E V O C A C I O N D E R U B E N D A R I O

Por MERCEDES SAENZ ALONSO

**R**UBÉN Darío nace en 1867, cuando el Romanticismo agonizaba consumido por su propio fuego en la pira gigantesca que levantó su triunfo absoluto en un mundo ávido de amar y sentir y que, a fuerza de sentir y amar, había agotado todos los términos y se debatía absurdamente encerrado en unos límites que le venían estrechos.

Rubén Darío personifica en la poesía hispana ese movimiento que se llamó modernismo y que estalló a fines del siglo XIX para enseñorearse de un ambiente propicio. Los modernistas nada tuvieron que derrocar; no fueron iconoclastas, porque ninguno de los poetas supervivientes del movimiento romántico era un ídolo para nadie. Sólo existía —y los modernistas lo respetaron ensalzándolo— un nombre y un recuerdo a cuyo contacto se desvanecían todas las posibles rivalidades: G. A. Bécquer. Bécquer dejó un hueco que nadie podía llenar; pero que se hacía patente; un hueco que oprimía y que hacía más dura y cierta la necesidad de cubrirlo.

Fueron en España, Salvador Rueda, Gil y Manuel Reina, junto a Gutiérrez Nájera y González Prada, en América —por no



citar más nombres—, los que, ganados por las tendencias de los parnasianos franceses Rimbaud, Gautier, Mallarmé, se iniciaron en la tarea de unos modos nuevos. Mientras tanto, Rubén Darío—admirador de Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce— emborrataba cuartillas y cuartillas, con toda la pujanza de una niñez ávida de sueños y glorias.

Luego veremos cómo transcurrió su vida de hombre y, al co-tejarla con los datos que ahora he de exponer del poeta, comprenderemos cómo unos y otros se completan y coinciden en la personalidad de Rubén Darío.

Poemas de la Niñez, los de la Adolescencia, Rimas, Abrojos, surgen a la luz cuando aun no había cumplido Rubén los veinte años, pero ya había alcanzado la celebridad. En todos estos libros sus poemas siguen la trayectoria marcada por los maestros admirados del XIX. «Tú y yo», en «Sollozos del Laúd», nos lleva a Zorrilla; «Mundo mundillo», a Campoamor; sus «Rimas», a Bécquer...

De pronto surge «Azul», y entre las páginas de este libro, el salto audaz hacia los parnasianos franceses, hacia la realidad de un Verlaine, cuya sensualidad aparecía, a veces, encubierta por un misticismo extraño y en ocasiones patético. Los titubeos de Rueda, Gil, Reina, que tímidamente se mostraban en el desconcierto de una literatura huérfana de nombres y tendencias, ceden ante el victorioso nombre de Rubén, que se impone por la fuerza de un poder innovador e invencible. Valera, al leer «Azul», lanza a los cuatro vientos su fe en el joven americano y le muestra como ejemplo que seguir. La llegada a París de Rubén Darío, su estancia en la gran ciudad, las amistades que allí forjó, sus viajes por Europa, le proporcionan los medios para «Prosas Profanas». El poeta ha conquistado el puesto que Bécquer dejó vacante. Ese difícil puesto, rara vez conseguido, donde deben unirse el reconocimiento de los críticos a un valor indiscutible y el calor popular que repite en todos los labios, como suyos, los versos del poeta.

«Cantos de vida y esperanza», «Cantos épicos y errantes», «Lira póstuma» y otros poemas, completan la obra de Rubén Darío, que

supo tomar sus fuentes en la esencia española que impregnaba lo espiritual de la poesía americana del siglo XVIII. Víctor Hugo y Verlaine no debilitaron su carácter, sino que robustecieron su fuerza íntima. Rubén abandona los metros de las rígidas liras antiguas, los octosílabos, los romances, los sonetos. Descubre ritmos nuevos e increíbles sin las rejas de la perceptiva. Crea palabras para expresar ideas imposibilitadas de mostrarse y repite palabras e ideas formando una música discordante que llega a los oídos como un milagroso acorde perfecto. Inspiración, expresión, imaginación, es española, totalmente española, en la obra de Rubén, aunque tomara de las influencias modernas, renovadoras de Francia —dominadas a su capricho— los medios de aumentar la belleza de la poesía hispana. Su fantasía asombrosa, el regalo de imágenes fabulosas, su música es única. Sus ojos abiertos al mundo no se cierran para olvidar imágenes infantiles que encierran una gran ternura por la raza india, y, a veces, la muestra dolorida y desnuda en la difícil unión del modernismo de la palabra y la antigüedad del espíritu fundiéndose en los cantos épicos de un pasado remoto y orgulloso de las virtudes de las razas aborígenes impregnadas de un dolor lacerante y estoico.

Esta fué la obra de Rubén Darío, que representó lo mejor de un modernismo nacido como negación categórica de la literatura finesecular; un modernismo que careció siempre de unidad, de base exacta y precisa, hasta el punto que quizás hemos errado al referirnos directamente a él como movimiento, y mejor hubiéramos hecho hablar de «los modernistas». En todo caso, estas nuevas tendencias, aquella preocupación por el colorido y lo original —a veces estrambótico—, que Rubén logró sin perder el realismo, resultaron una tarea ímproba para los seguidores. El modernismo —por su dificultad de excesos— cayó muy pronto en una melancolía rebuscada, pagana, sensual y contada al modo barroco.

Antes de dar por terminada esta presentación, que nos dará paso a escuchar sus versos, esbozemos a grandes rasgos la vida del poeta.

Rubén no nació del amor. El matrimonio de sus padres fué

un matrimonio de conveniencia, que se desunió un mes antes de nacer su primero y único fruto. Rubén fué prohijado por un tío suyo —el coronel Ramírez—, que le dejó heredero de unas tierras de exuberante vegetación enclavadas en la región de Nueva Segovia. Falto de nombre paterno que amar, tomó como suyo el de su bisabuelo Darío, que acordaba mejor con su fantasía oriental de las mil y una noches y poeta falto de años, pero sobrado en sueños fabulosos, que imaginaba ciertos y acaecidos en las cercanas islas Tortugas del mar Caribe. Su educación en los jesuitas dejó para siempre en su alma una creencia firme en el más allá, que le permitió acogerse en sus últimos años a un misticismo que debía borrar su pagana juventud. Rubén Darío tenía sólo catorce años cuando se enamoró simultáneamente de su prima Inés y de la saltimbanqui Hortensia. A la primera entregó sus sueños, y a la segunda la realidad de un cuerpo de adolescente. Pretendió seguir a Hortensia en su carromato de feria entre los payasos, los trapeceistas y el oso bailarín. Pero le retuvieron los ojos de Inés. Continuó en Nicaragua hasta que el Gobierno le envió, todavía un muchacho, pensionado a El Salvador. Después obtuvo un puesto en Lima y Santiago. Publicó «Abrojos» y «Rimas». En 1889 surgió, con «Azul», su consagración. Dirigió un periódico en Guatemala, otro en El Salvador. Se casó enamorado locamente: un matrimonio de amor, que un hijo convirtió en el imposible de prender una estrella con la mano como en sus poemas. Y, para colmo de todas sus dichas, acudió a España como representante de su patria.

En Madrid fué festejado, halagado. De vuelta a su país, representó a Colombia en Buenos Aires. Murió su esposa, y esto le hundió en una desesperación que le llevó a beber con exceso para olvidar la tortura de su soledad. Marchó a París, donde G. Carrillo le presentó a Verlaine..., siempre embriagado. Vivió el París de las comidas a las inciertas horas de la madrugada, bañadas en champaña en clásicos restaurantes que guardaban un recuerdo imperecedero de los escritores románticos derrocados por las tendencias modernistas. El París del Café Vachetts, de los paseos nostálgicos por las alamedas del Bosque o las márgenes del Sena.

Volvió a Madrid, donde convivió con Unamuno, Valle Inclán, los Machado, Baroja, Villaespesa, J. R. Jiménez, antes de afincarse nuevamente en el París de Amado Nervo. Oscar Wilde. Un París que tanto amaba y sólo abandonó en breves viajes que le llevaron a través de Europa.

«Prosas profanas» y «Cantos de vida y esperanza» eran los lamentos de su alma en una vida turbia de placeres agotados, y se refugió en la quietud mallorquina. Grueso y de mirar alegre, retornó a su patria, que le recibió como a un héroe: su genio. El escenario estrecho le abrumaba: recurrió a las representaciones diplomáticas; regresó a España, donde conversó varias veces con Alfonso XIII. Vivía ostentosamente; el dinero no tenía para él otro fin que el de gastarlo alegremente, aunque excediera a todas sus posibilidades. La bohemia alegre de París terminó por hundirlo. Otro viaje: Méjico, Cuba. Y de nuevo la apetencia de un refugio. Esta vez, no una masía mallorquina, sino la misma Cartuja de Valledemosa que cobijó las sombras de Jorge Sand y Chopín. El pagano pervertido, parisién esclavo de todos los placeres, se borraba para siempre en la Isla de la Paz. Rubén se refugiaba en su piedad primera, acuciado por un misticismo que se reflejaba en su poesía y lograba en ella una profundidad que no poseyó hasta entonces, y que quizás surgió en él con la espontaneidad de quien se sabe enfermo y próximo al fin. Junto a él, Francisca Sánchez, una castellana humilde y sencilla, constituyó el amor más firme de su vida, disipando todos los recuerdos de pasiones regados en champaña, aunque no lograra borrar el sueño realizado que la muerte quebró al fallecer su primera esposa. Su sed de viajar, el nomadismo, del que jamás pudo liberarse Rubén Darío, le llevaron a Nueva York, y de allí partió para su último desplazamiento a la tierra que le vio nacer y le recibía al morir. El 6 de febrero de 1916 falleció Rubén. Veintiún cañonazos desgarraron los aires de Nicaragua, que se vistió de luto mientras cerraban las puertas las fábricas, espectáculos, el comercio y el Parlamento. El aire se perfumaba del incienso de las plumas que le cantaban,



mientras su rasgueo estremecía el aire de todas las naciones hispanas.

Rubén —sin embargo— no ha muerto para el mundo, ni morirá jamás. En la inmortalidad conquistada, sus poesías llegan a nosotros envueltas en el colorido brillante de las palabras diáfanas y sonoras. Palabras, estrofas, versos, nacidos en un ritmo nuevo, que componen la obra poética de Rubén Darío, que llega a los oídos y penetra en cerebro y corazón para repetírsenos siempre con su musicalidad, nunca hasta él conseguida, y que no podrá superarse jamás.



VENTANA  
AL MUNDO

A. E. M. G. N. D. O.  
A. E. M. G. N. A.

# ALFONSO JUNCO INGRESA EN LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Por J. R. de A.



**L**A última sesión pública y solemne de la Academia Mexicana de la Lengua tuvo un doble objetivo: conmemorar, de un lado, el LXXV aniversario de su constitución como filial de la Real Academia Española, y de otro, recibir en su seno como académico de número al brillante escritor y destacado hispanista don Alfonso Junco.

*Aniversario de la fundación de la Academia Mexicana.*—Fecha gloriosa en los anales de la cultura de México fué la del 11 de septiembre de 1875, día en que se constituyó por vez primera la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, y que como ésta, y en fraternal colaboración, se propuso desarrollar una tenaz labor en defensa del idioma común, amparando a la vez en su país aquellas iniciativas de orden intelectual que se hicieran merecedoras de tan alto apoyo.

Hoy, después de tres cuartos de siglo de constante y fecunda tarea, observamos cómo el propósito inicial se ha convertido en tangibles realidades, y sus desvelos en pro de la conservación y pureza de nuestra lengua han marcado, por así decirlo, un hito de trascendental importancia en la vida cultural mexicana.

Perenne recordación merecen aquellos primeros académicos



—García Ycazbalceta, Roa Bárcena, Arango y Escandón, De la Peña, Orozco Berra y Pimentel— que cimentaron con tan certera visión patriótica este formidable bastión de nuestro idioma, que, conjuntamente con la Academia Española, desarrolla su cometido, fieles las dos a una misma tradición cultural, entendida ésta en un sentido vivo y dinámico.

Correspondió al actual académico don Alberto María Carreño el discurso conmemorativo y resumen de los trabajos llevados a cabo por la Academia Mexicana, afirmando muy acertadamente en su disertación que «el pueblo que conserva incólume su lengua, incólume conservará también su libertad».

*Recepción de don Alfonso Junco.*—Escogió Alfonso Junco como tema central de su discurso de ingreso en la Academia la figura de su padre, don Celedonio Junco de la Vega, eximio poeta mexicano, que también había pertenecido en vida a esta prestigiosa institución. Nadie como él podía hacer revivir con más fidelidad ni con más íntima emoción la múltiple personalidad de su padre, que, como él, fué también poeta, escritor y periodista. Don Celedonio Junco —dijo— tenía para todos el corazón en la mano y a todos arrebatava el corazón. Y así, con impecable estilo y filial cariño, quedó perfilada la figura de este prócer de las letras mexicanas.

Correspondió a don José Vasconcelos el protocolario discurso de contestación. Es Vasconcelos uno de los cerebros más fuertes y admirados de Hispanoamérica, y nadie hubiera logrado, como él, hacer una biografía más exacta de Alfonso Junco. Fué la suya una lección magistral, brillante y justa. Al margen de lo protocolario, su palabra precisa, su concepto claro y exacto, su fina percepción psicológica, dieron en todo momento el perfil adecuado y el claro oscuro preciso a la varia y singular personalidad del gran hispanista. En Junco —afirmó Vasconcelos— se dan tres calidades excelsas que pocas veces se dan con igual proporción y armonía en naturaleza tan confusa como la del hombre: el poeta sublime, el escritor valiente y probo y el ciudadano digno e insobornable. Admirable síntesis que retrata la conducta de un hombre que empieza con ser intransigente consigo mismo, para con la máxima

autoridad arremeter contra todo lo que quiebre la limpia línea de la rectitud, de la lealtad y del honor. Polemista hábil, ajeno a convencionalismos y mitos, y católico auténtico, Junco, a pesar de su natural pacífico, pelea —en esta hora del mundo acomodaticia y saturada de claudicaciones— contra todo lo que sea falso, deshonesto o turbio. ¡Y de esto nosotros los españoles tenemos buenas y generosas pruebas!

No es Junco hombre de atajos, sino de camino real, que marcha, como buen caballero, a cuerpo descubierto, sin más arma para defender y defenderse que la verdad, y por ello a su llegada a la Academia Mexicana pudo afirmar Vasconcelos que si bien tiene generoso el ánimo y blando el afecto, la espina dorsal la tiene muy dura. Para recibirlo según merece, ¡es menester ponerse de pie! Más que al poeta —continúa— admiro al polemista, al viril escritor incorruptible, al defensor leal, decidido y valeroso, del Catolicismo; y termina Vasconcelos con esta frase contundente su discurso: «Ni el Estado ni la Academia podrán crear la honra. Junco viene a darla más que a recibirla.»



# ESPAÑA EN LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTE SACRO EN ROMA

P O R J O S E S A N Z Y D I A Z

**L**A tarea del Ministerio de Educación Nacional bajo la égida de don José Ibáñez Martín, a través de la Dirección General de Propaganda, que capitanea don Pedro Rocamora, y en colaboración con la Dirección de Relaciones Culturales, se proyecta cada vez con mayor eficacia e intensidad sobre los abiertos horizontes del Extranjero.

Su acción se amplía gozosamente al correr del tiempo, lo mismo con potentes emisoras de onda corta y el bien presentado «Noticiero Español», que en los Congresos internacionales que organiza; igual en los Institutos hispánicos que apoya en el exterior que en la tarea, jamás superada, de la Editora Nacional y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Una prueba más de cuanto decimos es la parte destacada que España tiene actualmente en la Exposición Internacional de Arte Sacro de Roma, organizada con motivo del Año Santo, y que estará abierta al público en general, especialmente al que visita el Vaticano para ganar el Jubileo, hasta finales de 1950.

Concurren a este magno certamen artístico veinticuatro países

de Europa y de América, incluso representaciones de los países del llamado *telón de acero*, aunque, naturalmente, con obras de artistas emigrados. La selección de las obras expuestas se hizo por un Jurado de Admisión, que se formó con una Comisión de la Academia Pontificia de Virtuosos del Panteón y los directores de las Academias de Bellas Artes extranjeras en Roma, representando a España don Fernando Labrada Martín, miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La participación española ha sido organizada por la Dirección General de Bellas Artes, con la colaboración de la Subsecretaría de Educación Popular y las Direcciones Generales de Propaganda, Relaciones Culturales y Arquitectura. Como experto se encargó de la organización, petición, transportes e instalación de nuestras obras de arte sacro don Luis Monreal, personalidad destacada por su valía en los medios artísticos de toda España y aun del Extranjero.

En pintura forman nuestra representación José María Sert, Elías Salaverría, Fernando Alvarez de Sotomayor, Luis Masriera, Daniel Vázquez Díaz, José de Togores, Rafael Pellicer, José Morell, Ramón Stolz, Vila Arrufat, Pedro Mozos, Vicente Navarro, Rafael Estrany, Carmen Legísima, Ana de Tudela, Milagros Daza, Pedro Pruna, Rafael Llimona, Mallol Guazo, Rosario de Velasco, J. A. Rodríguez, Monsalve, Miguel Farré, Ricardo Macarrón, Perceval, F. de Cossío, Alejandro Siches, José Mompón, José Santiañez y Baqué Ximénez.

En escultura, José Planes, con el «Cristo muerto» de las Cofradías de Lorca; Enrique Monjo, con la «Virgen yacente» de la catedral de Barbastro; Juan Adsuara, con una «Virgen» y un «Busto de Apóstol»; Vicente Navarro, con una «Dolorosa» en madera y mármol; Martí Cabré, con un «San Juan» y la «Virgen con ángeles» de Santa María del Mar, de Barcelona; José Clará, con una cabeza en bronce de su «San Benito»; Martí Sabé, con el «San Isidro» de la iglesia de Santa Coloma de Farnés; Pedro Jon, con un relieve en bronce de «Sagrada Familia»; Sánchez Cid, con una «Virgen orante»; Rafael Solanich, con un «Rosario» (quince relie-

ves en tierra cocida), y Luisa Granero, con una «Anunciación», en la misma materia.

Las artes decorativas están representadas por Modesto Morató, con un cáliz y un copón en esmalte y marfil sobre plata dorada; Rafael Solanich, con una lámpara en metal y cristal; por un copón y dos cálices de plata, procedentes del Monasterio de Montserrat, y seis esmaltes de la Escuela Massana, de Barcelona.

En arquitectura figuran planos y fotografías de numerosas iglesias españolas; entre ellas, del Monasterio y Ermitas del Valle de los Caídos; de la Sagrada Familia, de Barcelona; de la Merced, de Madrid; del Espíritu Santo (Consejo Superior de Investigaciones Científicas); de San Agustín, de Madrid; del Monasterio de Montserrat, de Cornellá de Llobregat; de San Sebastián, en Palma de Mallorca; de Ontívar del Salz, y otras muchas.

Nuestra aportación en conjunto, lo mismo por cantidad que por la calidad de las obras, está siendo elogiadísima, ya que España destaca notablemente en la Exposición Internacional de Arte Sacro de Roma, haciendo honor a su tradición en esta rama de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, de la decoración y de la imaginería religiosa. Allí damos al mundo una idea aproximada, si no cabal, de nuestro fervor católico y de nuestra expresividad creadora; no sólo en el plano rígido de lo estético, sino también en la sublimación de los temas iconográficos y accesorios, hasta transformarlos en creaciones concretas, pensadas, compuestas y emotivas. Por ello sería obvio interpretar, analizar o dar un juicio sobre el valor de las obras expuestas, partiendo de escuelas determinadas o de casos personales más o menos manifiestos.

LA OBRA  
DEL  
ESPIRITU



# PANORAMA EDITORIAL RELIGIOSO DE LA ESPAÑA ACTUAL

Conferencia del Ministro de Educación en la residencia  
española de Santiago y Montserrat, de Roma



**S**OBRE el panorama editorial religioso de la España actual, el Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, pronunció el 2 de noviembre una documentada conferencia en la residencia española de Santiago y Montserrat, de Roma, donde está abierta la Exposición del Libro religioso español.

Con acopio de datos y cifras, el Sr. Ibáñez Martín analizó el cuadro de los centros de producción total o parcialmente dedicados a esta especialidad, y dedicó una especial mención a las nuevas editoriales dedicadas a la producción de obras religiosas, e hizo una síntesis de todas ellas, que en su totalidad están representadas en la Exposición con libros de Sociología, Arte, Filosofía, Historia, Ensayos, junto a las propiamente religiosas, es decir, de las teológicas en sus diversas ramas, las ascéticas y místicas y las apologéticas y piadosas. Recalcó la importancia de estas ediciones que hoy se exhiben, y que son el producto de la labor continuada e intensa durante los últimos lustros. Junto a estas nuevas ediciones, indicó la presencia de libros antiguos, textos venerables y clásicos de la literatura religiosa, siempre en índice del amor que inspiran y de



lo mucho que se solicitan. Trazó a continuación un resumen de los estudios bíblicos realizados en España: los del Nuevo Testamento, los de la vida de Cristo, los de la Mariología y los de Patrística, que son tratados como obras de arte en lo religioso. Señaló la importancia de la labor desarrollada por el Instituto de Teología Padre Suárez, integrado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuya labor, con la del Instituto Padre Flores, del mismo Consejo, está consiguiendo un resultado positivo en torno a los estudios religiosos en España.

Agregó el Ministro que la culminación magna de esta obra ingente es la publicación de una nueva Biblia Poliglota, dirigida por el padre Bové, con la colaboración de un grupo de sacerdotes, religiosos y seglares que se aprestan a dar este nuevo título de gloria a la España eterna. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Biblioteca de Autores Cristianos tratan de servir a este noble propósito con el mejor espíritu. Todo esto puede hacerse merced al clima espiritual, moral y cultural de la España de Franco. Su capitania ha devuelto a España su saber y su amor esencial a la causa de Dios. «Esperamos —agregó— que esta fecha insigne de la declaración del Dogma de la Asunción de Nuestra Señora refuerce nuestra fe, nuestro vigor intelectual y nuestro cristiano sentido de servicio. Todo ello, en nombre de España, me permito ofrecerlo al Santo Padre Pío XII, adalid esforzado de la justicia y de la caridad de todos los hombres.»

El acto comenzó con unas palabras del Rector de la Residencia, don Máximo Romero de Lema, quien exaltó la importancia de esta Exposición del Libro religioso español, que es la contribución, dijo, de la Dirección General de Relaciones Culturales al Año Santo. «De este modo —agregó— concurre a las celebraciones de Roma de la manera más conveniente y se facilita a los innumerables peregrinos de nuestro idioma, especialmente a los hispanoamericanos y filipinos, el conocimiento por contacto directo de nuestra producción religiosa escrita. Libros originales españoles y traducciones, libros nuevos y reeditados, obras específicas y no específicamente religiosas, pero realizadas por la inteligencia que se ins-

pira en el catolicismo, son el breve índice de la bibliografía que se expone en la Residencia de la iglesia española de Santiago y Montserrat.»

Terminada la conferencia del Ministro, las personalidades y demás asistentes, entre las que se encontraban los cardenales Tedeschi y Pizzardo, embajadores de España en la Santa Sede y el Quirinal y los miembros de la Misión española, así como un numeroso grupo de intelectuales españoles e italianos, recorrieron las distintas salas de la Exposición e hicieron elogios de la aportación bibliográfica española, tan rica en calidades y valores.



# LA LIBRERIA CIENTIFICA MEDINACELI, DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVES- TIGACIONES

Servirá para difundir el extenso  
número de sus ediciones científicas

**E**L Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha abierto en su sede central, Medinaceli, núm. 4, la Librería Científica Medinaceli. Surge como un ensayo de la Oficina de Publicaciones del Consejo. Sin preocupaciones de índole comercial, se propone difundir el extenso número de sus ediciones científicas, como un servicio a los interesados por esta clase de libros, a la vez que pulsará la opinión de este público, con vistas a mejorar sus futuras publicaciones.

De los 1.196 libros científicos y las 80 revistas periódicas que hasta ahora ha editado el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se ofrecerán los ejemplares más cuidados.

Hace ya tiempo que se pensaba en la creación de la librería, para poner en el más íntimo contacto con el público los centenares de obras que el Consejo edita. Libros de alto rango todos ellos, de profundo saber que en ocasiones por su elevado número y en otras por ser la venta del libro erudito más difícil que la de los versos, el teatro o la novela, no podían estar todos en las librerías comerciales. Ahora, mediante el gran apoyo que a todas las obras

del Consejo Superior concede el Ministro de Educación Nacional y el constante afán de trabajo del jefe de Publicaciones, se abre la librería, que en modo alguno va a estar frente a los libreros, sino en la más estrecha colaboración con ellos y que venderá tan sólo libros y revistas del Consejo.

Son nuevas salidas al libro las que se buscan con ella, es que el extranjero que nos visite lo halle todo a mano, que el estudioso o el hombre con curiosidad por esta o aquella disciplina encuentre fácilmente los libros y pueda suscribirse o comprar los números corrientes o retrasados de las 100 revistas que el Consejo publica, que se puedan hallar en Madrid las obras editadas por los institutos regionales y, por último, que desde el extranjero se puedan pedir con facilidad libros y publicaciones periódicas.

Se ha montado la librería en una zona que se destinaba al depósito de libros del Consejo. Con los materiales menos costosos —pino del país, desalburizado para obtener su calidad más expresiva— y con unos detalles técnicos bien estudiados de instalación eléctrica para obtener una iluminación uniforme, además de un acondicionamiento acústico adecuado, el arquitecto señor Fisac ha compuesto una sobria y simple decoración, donde se conjugan los más prácticos elementos con los menores detalles de comodidad y adorno.

En la librería se celebrarán exposiciones de libros con ocasión de las más importantes conmemoraciones nacionales y extranjeras, centenarios de autores, de grandes hechos, etc.

La primera exposición estará dedicada al centenario de los Reyes Católicos, mostrándose toda una serie de libros sobre temas relacionados con éstos. Asimismo se abrirán otras en ocasión de cursillos y conferencias, donde se expondrán obras sobre los temas que en aquéllos se traten; así se ha hecho últimamente antes de inaugurarse este centro en la Semana Lasaliana y el Congreso del Notariado.

Un jefe de ventas, persona de alta cultura, y varias señoritas, con conocimientos de bibliografía e idiomas, servirán la librería, que funcionará en las horas normales del comercio y que cuenta

con excelentes ficheros de autores, títulos y clientes, así como de grandes escaparates a la calle, de exposición de las novedades. En la misma hay un lugar de honor para obras de grandes ingenios, y donde ahora se exhiben las de don Marcelino Menéndez y Pelayo y las del profesor don Miguel Asín Palacios.

Al acto de la inauguración, celebrado en la tarde del sábado, 25 de noviembre, asistió el Ministro de Educación, señor Ibáñez Martín, a quien acompañaban la mesa directiva y numerosos miembros del Consejo de Investigaciones.



# EL XXIV SALON DE OTOÑO Y SUS RAZONES

Por MANUEL PRADOS LOPEZ

**E**S natural que se considere siempre una Exposición colectiva como un índice más o menos fiel del desenvolvimiento artístico en el sector que representa. Quisiéramos que todas las Exposiciones nacionales de arte fueran termómetros exactísimos del cuerpo colaborador, y solemos pedir la máxima fidelidad de la columna brillante y sensible de esos termómetros. Tal absoluta exactitud, que no es sino el éxito total de la prueba, no es nada fácil; a ella contribuyen diversos factores: el acierto organizador, la voluntad de los artistas y las circunstancias, no siempre propicias. La determinación de causas es más necesaria de lo que parece, pues no es justo atribuir la eficacia indicadora o reveladora de la Exposición solamente a uno de los mencionados factores.

El Salón de Otoño, con una experiencia que luce y reluce en la plata entrevista de sus simbólicas bodas próximas, ha servido al Arte español de una época atarantada, pero fecunda, en la cual ha habido que restablecer varias veces el equilibrio político-social indispensable para la creación artística. En tal sentido, las circunstancias actuales son en extremo propicias, y bien a las claras se

comprueba su influencia. Nuestra paz costosa y germinadora ha abonado el campo de la producción estética y ha creado un clima espiritual purísimo para el estudio y la libre expresión del sentimiento. Las artes plásticas no necesitaban para su desarrollo en España los estímulos de un resurgimiento de valores íntimos, como el determinado por nuestra Cruzada, en igual medida que otras manifestaciones de la cultura. Es cierto: el proceso del arte español se revela glorioso; pero es indiscutible que la crisis de 1936 puso momentáneamente en peligro el desenvolvimiento normal de las actividades de nuestros artistas, y que éstos, no sólo recobraron después en la paz victoriosa la plenitud de su ejercicio, sino que, además, despejada la incógnita de la moral estética dominante, participaron en los beneficios de una España redimida y ansiosa de grandeza. Los artistas, desorientados un punto, volvieron a la serenidad del estudio, al sosiego razonado, en el ambiente más seguro para la continuidad de una labor fecundísima de siglos, que el materialismo extraño hubiera interrumpido largamente sin la reacción providencial del pueblo español, conducido por Francisco Franco.

La Asociación de Pintores y Escultores, cuyo presidente de honor es el Caudillo, supo aprovechar las circunstancias favorables de la nueva era y dar al Salón de Otoño el rumbo oportuno para el mejor cumplimiento de su misión orientadora y divulgadora, tanto en beneficio de los artistas como del público que busca con avidez motivos de contemplación.

Así hemos alcanzado la plenitud de fidelidad indicadora, demostrativa —éxito completo— en el XXIV Salón de Otoño, inaugurado por el Ministro de Educación Nacional el 21 de octubre último en el Palacio del Retiro.

\* \* \*

El Salón de Otoño de 1950 nos ofrece, en primer término, un contraste singular el de las Salas de Fundadores con las Salas de Vanguardia. Advertimos en las primeras, alardes de originalidad,

audacias, notas valientes de colorido y exaltaciones líricas que no hallamos superadas en las segundas. La juvenil demostración de los lienzos de don Marceliano Santa María, con sus azules intensos, sus resplandores magníficos y sus aguas rientes, piden una réplica actual de los jóvenes auténticos, y no la encuentran; los verdes brillantes, las almenas idealizadas y la gracia decorativa de Amárica, tampoco tienen nada que envidiar a las realizaciones de los avanzados en orden a originalidad y brío; si atendemos al sentido renovador y sabio, ¿qué obra vanguardista opondríamos al pigmento encendido del desnudo de Zuloaga o a las rotundas calidades de los cuerpos y las telas de Chicharro? ¿Qué subjetividad es comparable con la de los cuadros de Zubiaurre, tan sugeridores en su acusada realidad de arquetipos? ¿Qué efecto emocional de la juventud inquieta lograría lo que Ordóñez con su «Iglesia de San Martín» o Rodríguez Acosta con las rosas triunfadoras en las fachadas de la iglesia de su «Paisaje»? Y no digamos nada de la maestría demostrada con lienzos perdurables en fuerza de conocimiento, de inspiración y de estudio. Nos referimos a esas obras que resisten todas las pruebas: obras de factura clásica, en que triunfan diversas técnicas permanentes: la eterna verdad del Arte, cuyo camino pretenden hacer discontinuo sólo los artistas que en rigor de verdad no lo son ni lo serán nunca. Los otros, los artistas auténticos, de ayer, de hoy, de mañana, saben que la continuidad y la perseverancia son razones inmutables. La corriente artística impetuosa y arrolladora a veces, admite la incorporación de todos los afanes que le llegan por los afluentes de la personalidad y la sinceridad; pero hace naufragar a cuantos se oponen a su curso o, lo que es más grave, intentan interrumpirlo.

Citemos entre los maestros: a Moreno Carbonero, de quien se exponen «Andaluza» y «Retrato de mi hijo»; a Pinazo, autor de dos bellísimos retratos de niña y un bodegón; a Salaverría, triunfador como siempre con un gran lienzo, modelo de sobriedad, de elegancia, de expresión, de dibujo; al genial Sorolla, de quien se presenta un autorretrato; a López Mezquita, cuyos retratos evocan una teoría de triunfos y recuerdan la mejor ganada fama; a





Poy Dalmáu y a Quintana, y, en fin, a Luis Bea y Pelayo, que nos encanta con tres preciosos retratos de romántica traza.

Asomémonos a las Salas de Vanguardia. Poca labor estridente, pero menos justificación de su vanguardismo. Conste que lo advertimos sin pena. A nuestro juicio, es un bien que el vanguardismo se acomode a la línea de continuidad y permanencia a que hemos aludido. No es estancamiento, ni encasillamiento, ni servidumbre, lo que preconizamos, sino respeto al tiempo y su tesoro de acumulaciones portentosas. No nos cansaremos de insistir en que esa línea de permanencia tan repetida no es contraria a las más variadas, libres y audaces expresiones del sentimiento. Bien lo demuestran Auerlio Blanco en el óleo «Mi madre», Morón Ruiz en «El colmao», Otegui en «Calle de Piedralabes», Bernardo Simonet con «Mi hermana», y algunos otros.

Las Salas retrospectivas son, como las de Fundadores, de homenaje a los consagrados y, más diríamos, ya indiscutibles. La del maestro Chicharro nos impresiona como una capilla de arte. En su lienzo mayor «La Casa de Misericordia», firmado en 1947, hallamos como un magnífico resumen de toda la obra colosal del extraordinario pintor, a quien aun creemos ver deambulando por el recinto del Palacio del Retiro. En «La Casa de Misericordia», cuadro coetáneo y paisano de «El Alguacil Araújo», están resueltos los innumerables problemas profesionales de un artista ambicioso y cultísimo. Acaso para éste no fué un logro definitivo —tal era su anhelo de perfección—; pero en la historia de la pintura española sí es una meta considerable. Perspectiva, dibujo, colorido, ambiente, sentimiento, alcanzan cumbres de solución en el traxunto abulense, que demuestra cómo por el camino de la fidelidad al oficio se puede llegar a las más puras y nobles conquistas de lo subjetivo: lo sentimental, lo dolorosa y bellamente humano. No olvidemos que, muchos años atrás, Chicharro triunfó con su famosa versión pictórica de «El Dolor». Los que sólo han querido ver en el maestro el intérprete fabuloso de la voluptuosidad y lo epidérmico, han de reconocer ahora que don Eduardo fué tan magnífico señor de la pintura inmortalizando bellas majas desnudas y

Venus sin velos como idealizando figuras, nimbándolas de gracia regionalista y haciéndolas perdurar entre prendas policromas y castizas. Ese gran captador y exaltador del eterno encanto de la mujer, de la fecunda vitalidad femenina; ese gran iluminador de la fábula y el sueño, que jugó a sorprender luces inmortales en el «Buda» y a enjorar para siempre a hembras de esta o aquella orilla con collares, perlas, recamados, halos o, simplemente, colores, es, en fin, el gran señor también de «La Casa de Misericordia», de los tránsitos en olor de miseria y en paz cristiana, de la vejez y la tristeza, de las manos sarmentosas que piden ya sólo el óleo de la divina misericordia y la íntima caridad de los hombres.

Chicharro, pintor de la vida en agraz y en plenitud, fué también el pintor de la vida en desintegración, o, mejor dicho, de la vida en transformación hacia lo espiritual inmutable, bajo el signo imperecedero de la Eterna Luz.

\* \* \*

Otro gran homenaje oportuno: la Sala III, igualmente retrospectiva, en que se reúnen veintisiete obras de Francisco Lloréns: paisajes entrevistos, evocados y evocadores, soñados acaso, de varias luces captadas por el pincel y por el deseo; paisajes con alma, reveladores de una absoluta responsabilidad de la grandeza del campo y del silencio; y retratos, y rincones de iglesia: todo un mundo de serenidad y de maestría, presidido por la efigie del autor que hizo de la pintura vehículo de la ternura, de la emoción de las cosas y ante las cosas.

\* \* \*

Asimismo se advierte en las Salas de Cataluña un deseo de honrar las características peculiares, colectivas, de la recia e influyente pintura catalana. No ha sido un error ni un prurito de subclasificaciones. Los pintores catalanes merecen siempre el honor del agrupamiento, no por aislarlos, sino —al revés— por incorporarlos

en grupo a la gran comunidad pictórica española. Con tal afán justificador del núcleo regional resaltado, admiramos la plenitud y el vigor del bodegón y del paisaje de Rodríguez Puig; los verdes tiernos y jugosos de Conill; la gracia impresionista del paisaje de Güell y el dibujo de Ezkurra; el acierto de Planas Doria con su estampa típica «Puesto de libros»; el bodegón y la figura de ancha pincelada y el buen dibujo de Morató Guerrero; la melancolía del paisaje de Nogué «El Francolí por Tarragona»; las acuarelas extraordinarias de Ceferino Olivé; el óleo de Abelló; el «Contraluz» y «Claustro» de Muñoz Boqueras; «Barcos en el Berbes», de Torras; «Los cabezudos y el macero», de Potáu Torre de Mer; los dibujos acuarelados de Llovet Ribas; «Primavera», de Vidal Rolland; «Masía del Montseny», de Aluma Sans; el paisaje de Tapiola; «Mar azul» y «Varadero», de Olivé Font; etc.

La nota dominante en las Salas catalanas es, a través de los distintos procedimientos, la maestría, sabiamente conducida con un orgullo vernáculo. Sin duda es así como mejor se coopera al auge de lo nacional en arte.

\* \* \*

Apenas nos va quedando espacio en esta síntesis, que es nuestro comentario al XXIV Salón de Otoño, para anotar rápidamente, como síntomas, las aportaciones de los artistas españoles a las restantes Salas del visitadísimo certamen. Faltan nombres; pero ello obedece a la voluntad remisa de algunos. Los que acuden están bien representados, que es lo importante. Ningún descubrimiento de estrella de primera magnitud: conformes. Pero no se descubren estrellas todos los días. Además, repetimos que la perseverancia también es virtud fecunda y apreciable en las exposiciones.

Apuntemos: «Grupo de niños», de Creo Rodríguez; «Mano a mano», de Fermín Santos; «Anhelos», de Fernández Aguillo; «Desnudo», de Hernández Sanjuán; «Bodegón», de Abraido del Rey; «Retrato», de Pradillo; «Desnudo», de González Benito; «Retrato» de Ortega y Pérez de Monforte; «Bodegón», de Marín; «Bodegón», de López Rodríguez; «Bodegón» y «Añoranzas», de

Romero Arrés; «Cacharrerillo», de Arnal Carbonell; «El paseo», de Arnáu; «Historietas», de Pérez Obis; «Crisantemos», de Concha María Gutiérrez-Navas; dos bellas marinas de Lola Gómez Gil, cada día más consciente de sus excepcionales posibilidades para la difícil interpretación de las aguas y su renovada hermosura; tres magníficos óleos de Romero Barrero (dos figuras y un bodegón), en que el pintor, superadas etapas anteriores, emprende con éxito rutas de mayor empeño; «Las Navas del Marqués», de Miguel Carrión; «Maribel», de Pérez Muñoz; «Niebla otoñal», de Mercedes del Val; «El zagab», de Isidro Antequera; «Bodegón», de Alberola; «Orillas del Jarama», de Manuel Cosent; «Estudio» y «Naturaleza viva», de Manuel Gumucio, que en la segunda obra citada luce una vez más sus admirables aptitudes y su exquisito gusto; «Calle tetuaní», de Freixas Vivó; «Antes del trabajo», de Carlota Fereal de Ferrari, lienzo muy celebrado por visitantes de acreditada sensibilidad e indiscutible solvencia; «Barrio de la Sinagoga», de Adelina Labrador, que acredita su prestigio como si ya no lo estuviese y merece especial enhorabuena por su envío; «A la verbena de San Antonio», de Inda de Aza, cuyo progreso artístico es evidente; «Reposo», de Domingo Huetos; «Primavera», de Ana de Tudela, tan segura siempre de su peculiar manera de expresar lo dulce, lo tierno, lo decorativo; «Valencianas», de Vicente Sastre; «Claustro», «Naturaleza muerta» y «Retrato», de León Astruc, otro de los perseverantes auténticos en la maestría y en la vocación; «La Maliciosa» y «Alta montaña», de Núñez de Celis, fiel a su fama y estilo; «Bodegón del Gallo», de Agustín Segura, que, pese a lo mucho y bueno que de él siempre se espera, sorprende ahora con su magistral envío; «Empezando», de Mariano Izquierdo y Vivas, que no se duerme sobre sus laureles, en tan buena lid conquistados, y se hace admirar de nuevo en esta Exposición con legítimos títulos de maestro; «Intimidad», de Fernández Ardavín, superior esta vez a sí mismo, más ágil, más alegre y más dominador que nunca en su admirable y sugestivo lienzo; «Vendaval», de Abelenda; «Puerto de Navacerrada», de la original y expresiva María Revenga; «Retrato», de Enrique G. Carrilero; «Remanso», de Félix Herráez;



«Retrato», de finas calidades y elegante empaque, obra de Antonio L. Piñeiro del Real; «Retrato de mi mujer», de Martínez Almeida; «Paisaje», de Tabalada; «Ergástula» de Rufino, y «Escorzo», de Erbina.

Seguiríamos citando títulos y nombres que figuran acotados en nuestro catálogo; no lo consienten los límites de una crónica que aspira a la reseña del conjunto y al comentario general, pero sin dejar de aludir, aunque a la ligera, a todas las secciones. Digamos, por tanto, con referencia a las Salas de Acuarela, Grabado y Dibujo, que abundan los acuarelistas excelentes, como Gutiérrez de la Concha, González Marcos, Villarroig, Carlos Rodríguez, Poppelreuther, Manuela Gallardo, Lahoz, Sánchez Robles, Aróstegui y otros, y dibujantes notables, como Jerez, Martín de la Arena, Inda de Aza, Seco Humbrías, Ana de Tudela, Benlliure y De Pablo.

Algunos de los indicados son nombres que resaltan también en el cuadro de pintores actuales. Nos agradecería mayor afluencia de dibujantes que sólo al dibujo deben su prestigio.

\* \* \*

En la Sala de Escultura figuran, junto a obras de cierto empeño, como «El maestro Bretón», de González Macías, cabezas de estudio tan admirables como la presentada por Jesús de Teresa; el retrato del escritor Wenceslao Fernández Flórez, de Fernando Bach; la gitana en madera de Antonio Illanes, y otras.

Citemos con elogio el retrato de Mauro Muriedas; «Nadadora», de Sobejano; «Tres caras conocidas» (madera), de Juan Antonio Gerez; «Adolescencia», de Marino Amaya; «Busto», de Echaerondio; «Judit», de Santos Rojas; «Santa Ana», de Vicent; «La chica del cántaro», de Losada, y «Virgen con el Niño», de Lapayese.

En distintas salas atraen también la atención del visitante otras esculturas, entre ellas: «Desnudo», de Benjamín Quiroga; «Maternidad», del Marqués de Aracena; «Eva», de Amadeo Ruiz Olmos; «Figura», de Echaerondio; «Niños», de Pilar Calvo Roderro, y «Don Quijote», de Mariano Rubio.

En Arte Decorativo triunfa Antonio Peyró con cinco preciosas muestras de su dominio en los secretos de la Cerámica. También Martín de la Arena acredita su renombre con un marco de cuero con dibujo y un bodegón en cuero; Encarnación Verdú presenta once delicadas miniaturas en esmalte y marfil; María Antonia Conejo, dos primorosos retratos en marfil, y Ricardo Mallol, una valiosa colección de tibores japoneses y figuras de porcelana en bizcocho, esmaltes y bajo esmaltes.



\* \* \*

El XXIV Salón de Otoño cumple su misión indicadora y difusora con exceso que conviene resaltar. Su tarea quedaba cumplida con la presentación de las Salas generales. Las otras, las de homenaje y recuerdo, son la pródiga añadidura y revelan, no preferencia, sino amor a un pasado que honra y vuelve a mostrar las joyas del arte español contemporáneo en que se inspiran los mejores artistas en flor. De otra forma no habría esperanza...



# GABRIEL MARCEL INAUGURA EL CURSO DEL ATENEO DE MADRID

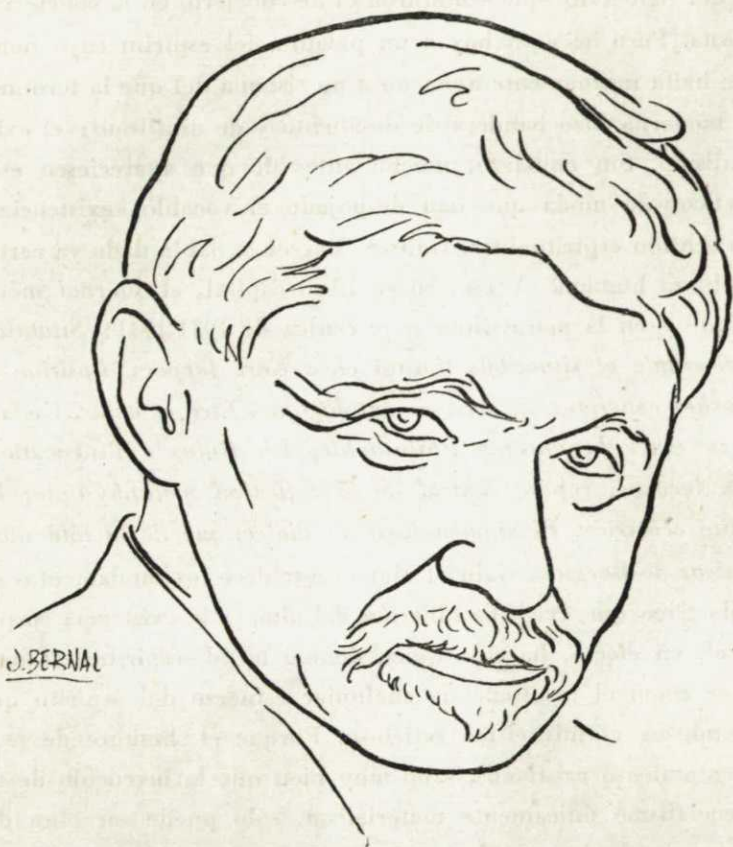
**C**ON una conferencia sobre «El filósofo ante nuestro tiempo», del escritor francés Gabriel Marcel, se inauguró el curso del Ateneo de Madrid el día 13 de noviembre. El acto estuvo presidido por el Presidente de la docta Casa, don Pedro Rocamora, que ostentaba la representación del Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín.

El señor Rocamora pronunció, en francés, unas palabras de presentación del ilustre representante del existencialismo católico, que ocupaba por primera vez la tribuna del Ateneo.

Dichas palabras fueron las siguientes:

España, hogar milenario de la civilización cristiana, no podía dejar pasar de largo al representante más eminente del pensamiento católico moderno en Francia. España, en que el cristianismo nunca fué una costumbre, sino el fondo mismo de la existencia, vivida duramente y, por consiguiente, de veras, tenía que entenderse con el campeón del existencialismo cristiano.

Las doctrinas de Gabriel Marcel han dado la vuelta al mundo y constituyen la voz de la conciencia de un Occidente que se busca a sí mismo frente a la barbarie materialista bajada del Este.



GABRIEL MARCEL



Gabriel Marcel, presente aquí, es hoy uno de los pensadores más calificados para exponer ante un público, como el español, enamorado de problemas metafísicos, la posición de un filósofo ante los problemas modernos. Demasiado a menudo ha sido atribuido el nombre de filósofo a destructores del alma, herederos de los racionalistas del siglo XVIII, que sembraron el desconcierto en la conciencia moderna. Pero he aquí hoy a un paladín del espíritu cuyo nombre se halla íntimamente asociado a un sistema del que la terminología moderna hizo bandera de desaliento y de nihilismo: el existencialismo. Sin embargo, mucho antes de que apareciesen esos dialécticos de moda que han despojado el vocablo «existencial» de su sentido espiritualista, Gabriel Marcel le había dado ya cartas de nobleza humana. Y eso, en su libro capital, el *Journal métaphysique* y en la maravillosa serie crítica de 1931-1941: *Situation fondamentale et situations limites chez Karl Jaspers, Position et approches concrètes du mystère ontologique, Etre et avoir, Gedanken zu einer konkreten Philosophie, Du Refus à l'invocation, L'être incarné, repère central de la réflexion métaphysique; La Fidélité créatrice, Phénoménologie et dialectique de la tolérance, Grandeur de Bergson*. Gabriel Marcel establece los fundamentos de una doctrina que exige la adhesión del alma a la existencia corporal; él, en efecto, ha sido quien definió la «desespiritualización» del ser como el resultado de cualquier esfuerzo del espíritu que no conduzca al misticismo religioso. Porque él, hombre de fe y de pensamiento cristianos, sabe muy bien que la invención de un existencialismo únicamente materialista, sólo puede ser obra del hombre cuando éste olvida lo que posee de más noblemente humano; obra, en otras palabras, del espíritu del mal. Porque todo cuanto no combate con Dios se alza contra El. Gabriel Marcel ha sabido añadir a este mérito de pensador profundo aquel otro, por desgracia demasiado a menudo ausente, de una belleza de presentación que presta doble eficacia a su doctrina. Gabriel Marcel ha vestido la potencia filosófica de sus conceptos con las seducciones de un estilo literario, denso y rico, que dentro de un momento tendremos ocasión de saborear.

Sabemos, en efecto, que en él la fama del autor dramático iguala a la del pensador abstracto. Y ha sido precisamente gracias al artificio teatral que todo lo que en el pensamiento de Gabriel Marcel por su misma seriedad, habría escapado a la atención del público actual, ha entrado en la conciencia contemporánea, y ha entrado de manera viva, concreta, a menudo dolorosa, como entra en la llaga el instrumento de cirugía; su mensaje ha llegado al fondo de nuestra generación herida, pues nada presta tanta atención como una herida. Los dramas de la conciencia, osados y generosos, que ha llevado a la escena desde hace ocho lustros, han ilustrado dignamente las etapas todas de su producción: *Le Coeur des autres*, *La Grâce*, *Le Regard neuf*, *La Chapelle Ardente*, *Le Dard*, *Le Fanal*, *Le Seuil invisible*, *Le Monde Cassé*, *La Signe de la Croix*, *Un Homme de Dieu*.

Estas obras le aseguran un sitio eminente y muy personal en el amplio cortejo de dramaturgos insignes que honraron a Francia en el curso de los siglos.

Gabriel Marcel va a conquistar vuestros espíritus con la claridad de sus facultades de analista audaz y sereno. Al salir le agradeceréis que os haya convidado a esta fiesta de la inteligencia puesta al servicio de vuestras creencias religiosas. En el terreno de la doctrina, España no es un país de fantasías ligeras, porque nuestra tierra ha recibido la doctrina cristiana como la tierra recibe el grano sustancial de trigo: con hierro, a través del desgarramiento que separa los tejidos superficiales. La historia de la conciencia española no ha sido más, en el fondo, que la de las vicisitudes del grano vivo en lucha existencial con su ambiente.

Parécenos altamente reconfortante que en este mundo moderno en que triunfan las convulsiones de una filosofía de la amargura, de la angustia, de la muerte saboreada de antemano y por sí misma, España reciba a un hombre, escritor de raza cuyo espíritu, maduro ya, traduce su lenguaje de paz y de sosiego con la más apaciguadora de las artes; un hombre, cargado de experiencias, que funda su concepto filosófico de la vida sobre los pilares de la fe, de la esperanza y del amor.

M. Marcel inició su conferencia con la afirmación de que «ante un mundo como el nuestro, desfigurado por el odio, y el miedo, desgarrado por ideologías opuestas, el problema de la vocación y la responsabilidad del filósofo se plantea de una manera especialmente aguda y patética. ¿Cabe admitir, como lo hacen algunos, que el papel del filósofo consiste en apartarse de este mundo condenado por su insensatez? Esta actitud constituiría una verdadera traición: el filósofo no es un místico que puede dedicarse, fuera del bullicio de la vida, a la contemplación de la eternidad. Tiene que reconocer que, a pesar de todo, le une una estrecha solidaridad con nuestro mundo, y no tiene derecho a abandonarlo a su destino.

Esto no significa que el filósofo quede autorizado a opinar sobre temas de actualidad candente que no sean de su incumbencia. En cambio, tiene que tomar una posición con la mayor energía cuando aparecen violados principios eternos, cuando los hombres se ven perseguidos por sus creencias o por pertenecer a determinada raza o clase social. Su propio papel consiste en ejercer su espíritu crítico oponiéndose con todas sus fuerzas a los fanatismos de escritores. El filósofo se encuentra, por consiguiente, en el lugar más expuesto y peligroso, porque suele acontecerle que todos los extremismos se confabulen en contra suya; nuestro mundo rechaza la reflexión, porque la característica del pensamiento reflexivo es ir en sentido contrario y oponerse a las corrientes predominantes, siendo eficaz su acción únicamente en este caso.

Por otra parte, el filósofo corre el peligro de ser una víctima de la misma adhesión del público: se convierte entonces en prisionero del éxito, de la moda de la publicidad.

Terminó diciendo que el filósofo sólo puede cumplir con su deber a fuerza de valor y de humildad.

NOTAS  
DE LIBROS



# LOS LIBROS

"VIVIENDO LA COPLA (Cuentos y estampas folklóricas)", por LUIS MUÑOZ-CABO. — Librería y Editorial Pueyo, S. L.—Madrid, 1950.

Don Luis Muñoz-Cobo Arredondo ingresó, por oposición, muy joven en el Profesorado de Institutos, y por esto ha llegado al número primero del escalafón cuando aun le quedan años de vida docente. Con sus enseñanzas continúa la noble tradición de familia, puesto que su padre fué venerable catedrático y director del Instituto de Jaén, tierra nativa de los Muñoz-Cobo, de estirpe prócer.

Muñoz-Cobo ha publicado desde 1906 media docena de obras científicas de su especialidad, que son las Ciencias Naturales, declarada de mérito alguna y editadas repetidamente otras. Mas, a la vez, cultivó la literatura en prosa y verso, para el cual posee facilidad y destreza. Frutos de este vagar son los libros titulados *Rimas espirituales* (Málaga, 1927), ciudad en donde dirigió el Instituto Nacional de Enseñanza Media, y *Mis poesías* (Madrid, 1946), donde desempeña cátedra en el Instituto de San Isidro. Aparte ha de tenerse en cuenta su colaboración en la Prensa de Madrid y provincias. El libro reciente de Muñoz-Cobo, *Viviendo la copla*, bien editado, con dibujos y fotografías que animan el texto, es, como declara el subtítulo, colección de cuentos y estampas de lo que, con palabra extranjeriza admitida por la R. A. E. se denomina folklore, y en español la llamaba don Alejandro Guichot demótica, atendiendo a la etimología; la demótica o el folklore tiende a reflejar costum-

bres, artes, creencias del pueblo en sus manifestaciones colectivas y más o menos pintorescas. Esto lo consigue don Luis Muñoz-Cobo Arredondo, en *Viviendo la copla*, con los ocho trabajos que rotura «¡Mecachis en los moros!», «Prisioneros», «El bolero», «Pablillo», «Los aceituneros», «El más firme amor», «El general» y «Las coplas de Petrilla». Otras colecciones análogas pudiera formar el autor, puesto que posee materiales sobrados para ello.

Se vale Muñoz-Cobo de la exclamación favorita de un labriego para referir sucesos dolorosos e iconoclasticos de la eversión española; de un diálogo en reja sevillana, con el fin de mostrar la gracia y el ingenio andaluces; de la descripción de las fiestas de Torreperogil, y así evocar el antiguo bolero, «escaso en artificio coreográfico y parco en las notas de su cadente melodía»; del heroísmo castrense aspirado desde niño por quien muere aquistando la venera de San Fernando; de las faenas de los aceituneros en los días invernales, que el literato presencié tantas veces en sus fincas; de ficción o historia poetizada que nos pinta «el más firme amor» de quien tomó desquite del burlador de la desdenosa; del pícaro que aparece y desaparece del pueblo, sembrando en éste la inquietud, el mal y las hablillas; y las coplas de Petrilla, «da cuerpo de casa», coplas que son como glosa de la novela viva que acaba por convertir a Remedios en Sor María de la Consolación de un asilo de huérfanos.

Reales sin duda unos personajes y sucedidos, imaginarios en parte o en todo otros, los lectores de los pueblos giennenses que frecuenta el autor del libro se dirán, después de leer *Viviendo la copla*, «éste es Fulano», «aquéllo va por Zutano», «lo que cuenta el señorito le pasó a Mengano»; y los que no conozcan sino la obra, en sus ediciones corriente o de lujo, apreciarán —de manera especial— la Andalucía menos colorista en dichos, usos y costumbres, expuesta por quien durante toda su vida respiró su sano ambiente y supo reflejarla con pluma suelta de narrador que observó y seleccionó lo más artístico o lo que estimó más interesante para estos cuentos y estampas de *Viviendo la copla*, celebrados ya por los críticos y demás sabidores de literatura.

ANGEL CRUZ RUEDA

"ALABANZA A ESPAÑA", por SANTIAGO MAGARIÑOS.—Ediciones del Instituto de Cultura Hispánica.—Madrid, 1950.

Lo primero que percibe el que toma entre sus manos estos volúmenes, aunque sólo sea un delicioso hojear, es que se encuentra con lo que de verdad, y sin que haya aquí alabanza alguna—bien que los volúmenes sólo se nutran de ellas—, es que estamos en presencia de un libro importante. Trascendente dentro de la bibliografía española que habrá de perdurar en el paso de los tiempos, cuando tantos otros libros caigan en los olvidos y nadie se acuerde de sus nombres, ni de los de sus autores. La obra que ahora ha realizado Santiago Magariños es de importancia perdurable, un libro singular, en donde aquélla, la belleza, el interés y hasta si se quiere la gracia y la hermosura andan de la mano. Que todo esto y muchas más cosas ha sabido unir en la *Alabanza a España* el autor.

Lo ha unido de tal forma —y perdónesenos la insistencia— que pluma tan poco fácil a los elogios como la de don Ramón Menéndez Pidal, ha escrito en la faja que sirve de pórtico de entrada a estos volúmenes: «Es un libro necesario a españoles y a extranjeros.»

Con método de gran historiador que todo lo conoce y lo entiende, pero a la vez con ánimos de literato, seamos más exactos: de poeta, Santiago Magariños ha pasado muchos años en la dura y difícil tarea de redactar papeletas. Para un libro de esta categoría, con una riqueza tal de contenido, estas no podían ser, y no lo han sido, de lecturas de aluvión, sino de libros de formación. Es decir, que a la hora de meditar y realizar estos libros, Santiago Magariños se ha vuelto sobre su pasado de historiador y de lector impenitente, para ir trayendo a los diversos capítulos los trabajos y las frases que sobre aquel gran panorama de sus lecturas guardaba en su memoria. Por esta causa, todo lo que es alabanza a las cosas, los hombres, los tiempos y las ideas de España tienen una profunda aplicación al enunciado bajo las cuales Magariños las ha colocado en su libro. En estos tres volúmenes por los que vamos caminando desde las más remotas y lejanas horas —*El Alba de la Historia*—, hasta los días de 1936, lo hallamos todo en la alabanza de España. Y así, a través de centenares de páginas, vemos en





plumas propias y extrañas todo lo bueno y lo bello que se dijo de nuestro país.

Santiago Magariños no ha sido sólo el feliz antologista de este importante libro, sino también el que ha colocado ante cada gran período histórico de la Historia española un estudio que da mejor comprensión y entendimiento —particularmente al lector extranjero— de todos aquellos elogios —permitásenos decir piropos— que vienen a continuación, y así, en interminable lista, desde Estrabón a don Miguel de Unamuno, vamos viendo la alabanza española, clara, rotunda y sonora, de la que es la primera, la que abre el libro, aquella de Alfonso el Sabio cuando exclamaba: «¡Ay, España. Non ha lengua nin engeño que pueda cantar tu bien!»

Si para los españoles es hermoso y es útil este libro, para las gentes de fuera lo es aún más, porque habla de una grandeza que no admite discusiones, porque dice de una lengua y de una literatura sin par. Libro de estudiosos, libro de buenos lectores, libro que guardará siempre el perfume imarcesible de cosas grandes y bellas.

Muchas cosas, digamos de «alabanzas», encontraremos en los volúmenes que ha compuesto y escrito Santiago Magariños, muchas cosas de los que los ensayistas habrán de decir algunas, ya que más que recensión, ensaño merecen estos volúmenes que ha editado con singular cuidado tipográfico el Instituto de Cultura Hispánica. Pero de todas ellas, quiero destacar ahora el criterio de nobleza y libertad que ha empleado el autor en su trabajo. Ello es algo que contesta de manera rotunda a muchas gentes que no merecían ni respuesta. Nobleza y libertad al traer a la Antología nombres que en ofuscaciones políticas perdieron mucho de lo que en el mundo del Pensamiento, la Historia y la Literatura habían ganado con su pluma. Y es por esta razón, noble y bella razón, por la que Santiago Magariños ha traído también al pórtico de su libro ese hermoso pensamiento de uno de nuestros primeros poetas de hoy. Ese pensamiento en donde Juan Ramón Jiménez nos dice en una frase tan bella como su versos «el español que yo quiero, es todos los españoles».

Profunda, bella, importante esta *Alabanza de España* que ahora viene a enriquecer la bibliografía.

JUAN SAMPELAYO.

"CANTARES MISTICOS", por el P. JUAN  
BAUTISTA GOMIS, O. F. M. — Edi-  
ciones «Verdad y Vida». — San Fran-  
cisco el Grande. — Madrid.

He aquí un nuevo eslabón en la cadena antológica de las tra-  
diciones inexhaustas del hacer poético-místico español.

Surge este pequeño libro con raigambre afincada en el mejor  
campo de la inspiración religiosa, florecida y refloreceda a través  
de los siglos, y culminada con esplendor de áureos tiempos en  
aquellos versos de San Juan de la Cruz o de Fray Luis, cuando  
en los dominios españoles no se ponía el sol. Así, como reencar-  
nación vigorosa de aquellas rutilantes y fecundas afirmaciones del  
genio, corre en el decurso de los centenios hispanos el mismo afán  
de expresión literaria de la fe y del fervor, brindando, a los pro-  
saicos, claras y rotundas lecciones acerca de lo más metafísico  
del ser racial: el sentido religioso, que le hizo soberano sobre las  
materialidades de cada hora.

Estos *Cantares* recogen efectos íntimos, plegarias y altas y teo-  
lógicas consideraciones, vertidas en las notas armónicas y sentidas  
de un plectro delicado e intenso. Son fruto de muy prolongadas  
vigilias o de intuiciones muy saturadas de sobrenaturalismo; en  
todo caso, declaración explícita de que no se extingue la viva  
esencialidad creadora de las páginas cancioneras españolas a lo  
divino, trasunto del sentimiento popular en sus últimas conse-  
cuencias, y magisterio abundoso y hasta pródigo en la imagen,  
cálido y exuberante en la composición; prolijo y unitivo, a la  
vez, en la característica originaria que le informa.

El autor, sociólogo, hagiógrafo e historiador, levantino, bien  
pertrechado en todos estos campos, desde el libro a la tribuna y a  
la cátedra, se descubre, no por vez primera, ni mucho menos,  
como poeta de fuerte contextura, y motiva unas notas prologales  
del académico de la Real Española don Luis Martínez Kleiser, in-  
dependientes del propiamente prólogo que escribe el autor.

Al hacer el P. Gomis gala de su lira mística, interrumpiendo  
la ardua y metódica tarea habitual en las investigaciones, trans-  
cripciones, críticas y cotejos a que su vocación historiográfica y  
sociológica le someten cada día, ha alzado una bandera inabitable  
de estilo y rango que saludamos con el alborozo que merece una  
victoria más en el campo de las letras sagradas.

E. BORRAS VIDAOLA.

**"MISCELANEA DE EPISODIOS HISTORICOS",**

por NATALIO RIVAS.—Editora Nacional.  
Madrid, 1950.

Causa asombro y envidia el visitar despacio y en su compañía el archivo del Excmo. Sr. D. Natalio Rivas Santiago, de la Real Academia de la Historia. Allí, en varias estancias de su hogar, vamos viendo resurgir en papeles y documentos, en cartas y tarjetas, en folletos, libros, invitaciones, manuscritos, carteles, esquelas, besalamanos y todo lo que a la letra impresa o a la fotografía se refiere el pasado.

Tiempos remotísimos, días lejanos, jornadas próximas son las que don Natalio Rivas —que conserva en la cumbre de la senectud clara e inteligente su cabeza como en los días de la madurez— guarda en cajas y archivadores con un orden y un rigor que hay que elogiar, que envidiar, porque rara vez en colecciones públicas y privadas encontramos una pulcritud y un esmero semejante en la custodia y conservación de papeles y libros de interés.

Si rico es el acervo material del archivo de don Natalio Rivas y Santiago, aun mayor si cabe es aquel otro de memorias y sucesos, y anécdotas que él lleva en su cerebro y que está tan claro —repetámoslo— como en sus días juveniles.

De unas y otras riquezas don Natalio es generoso, mejor aun, es derrochador. Y así como un día, que Dios quiera muy lejano, más aun, remotísimo, su archivo pasara a la Real Academia de la Historia para ser material abierto a la investigación y al estudio de los eruditos, en estos otros nos va dando retazos de cosas por él vistas y oídas. Cosas todas ellas en la literatura, en la política, la diplomacia o el arte, que en la vida de España tienen ya un rango de grande o pequeña historia.

En el tomo que ahora don Natalio continúa su *Anecdotario histórico contemporáneo*, y que él subtitula *Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias*, esas memorias que él ha dispuesto sólo vean la luz a los muchos años de su fallecimiento, reúne hoy, como en otros anteriores, lo que muy bien puede llamarse el presente con los días remotos. Esos días ya perdidos en las nieblas de la Historia y en los que don Natalio fué testigo y a veces intérprete de sucesos y sucesillos.

En todos los relatos que don Natalio Rivas trae a esta quinta parte del *Anecdotario histórico contemporáneo* hay una calidad

primerísima que elogiar: la exactitud en el relato, además está el estilo sencillo y emotivo en que los hechos están contados.

Más de cuarenta artículos componen la *Miscelánea de episodios históricos* a través de los cuales vamos teniendo una visión finísima y exacta del tiempo pasado y en particular del siglo XIX, del cual es el señor Rivas y Santiago uno de sus primeros conocedores.

Hechos y figuras cobran en las páginas de este libro una calidad plástica, que nos hace pensar que más que ante relatos escritos nos encontramos con cintas cinematográficas en donde vamos viendo en evocadores pasajes todo lo que fué historia grande o pequeña.

Como todos y cada uno de los episodios que don Natalio Rivas recoge en este volumen merece un elogioso comentario. No vamos a entrar a hacerlo porque sería interminable la tarea. Por ello, quede el elogio amplio y entero a este libro encantador e interesante como pocos. A este libro, al que la Editora Nacional ha dado una grata vestidura.

JUAN SAMPELAYO.

#### "ESTUDIOS DE HISTORIA SOCIAL DE ESPAÑA".

Encuadrado en la organización del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Instituto «Balmes», de Sociología, desarrolla una labor intensa y fecunda. Su Sección Histórico-social, a cargo del profesor don Carmelo Viñas Mey, se ha trazado un programa de trabajo en el que figuran estos tres objetivos esenciales una labor previa de búsqueda e inventario de los principales fondos histórico-sociales de nuestros archivos, la publicación de una «Colección de documentos de historia social de España» y la publicación de trabajos monográficos bajo el título genérico de «Estudios de Historia social de España».

La citada Sección del Instituto organizó en la primavera de 1947 las primeras «Jornadas de Historia social de España», en cuya segunda reunión, al año siguiente, se acordó la creación de un organismo permanente en forma de Patronato que, bajo los auspicios de la mencionada Sección y en estrecha relación y colaboración con ella, llevase a la realidad los planes de trabajo y las publicaciones acordadas. El Patronato —del que es presidente don Severino Aznar y secretario don Carmelo Viñas— publicó recién

temente su primer volumen, en el que se inserta una parte de los trabajos presentados a aquellas primeras «jornadas».

Reúne este primer volumen una interesantísima serie de monografías redactadas por personalidades de prestigio en tal tipo de estudios. He aquí los títulos de los quince trabajos que en el libro se publican, con los autores correspondientes: «Sociología agrícola tradicional: avance folklórico etnográfico», por Luis de Hoyos Sáinz; «La vida agraria tradicional reflejada en el arte español», por Julio Caro Baroja; «El latifundio y su formación en la España medieval», por Lluís Redonet y López Dóriga; «La repoblación de Zaragoza por Alfonso el Batallador», por José María Lacarra; «La situación social de los moros de realengo en la Valencia del siglo xv», por Leopoldo Piles; «Los movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media», por Manuel Jorge Aragoneses; «Los factores económico-sociales en la transformación del mundo medieval», por Manuel Ballesteros-Gaibrois; «La esclavitud de los indios como elemento en la estructuración social de Hispanoamérica», y «Las ordenanzas de gremios como documentos para la historia social de Hispanoamérica durante la época colonial», por Richard Konetzke»; «Aspectos de la vida gremial barcelonesa en los siglos XVIII y XIX», por Jaime Carrera Pujal; «La concepción jerárquica de la sociedad en el pensamiento medieval español», por Juan Beneyto; «Estudios sobre el pensamiento social de los teólogos-juristas españoles», por el P. Venancio D. Carro; «El precio y sus condiciones, principalmente a través de L. de Molina», por el P. Marcelino Zalba; «Juan Huarte de San Juan y Francisco Villarino», por Antonio de la Granda, y «El pensamiento social de Joaquín Costa», por Luis Legaz Lacambra.

Como se ve por esta enumeración de temas comprendidos en el primer volumen de los *Estudios* se trata de ahondar en el conocimiento, la investigación y la glosa de la preocupación social de España. Se ha creído a veces que esta inquietud es de nuestro tiempo. Mas al hacer esa afirmación se desconoce la enorme tradición social de nuestro país. Esta es, entre nosotros, abundante, honda y continua. Pueden encontrarse en extraordinaria cantidad los testimonios del espíritu social que alentó siempre en nuestra política y en nuestro pensamiento. Hasta tal punto son intensas, en este aspecto, la doctrina y la realización nacionales, que, como afirma certeramente Carmelo Viñas Mey en las palabras preliminares del libro, «podría quizá hablarse de que existe una especie de constante social a través de la historia española».

Amplios, documentados, los quince trabajos del volumen inicial constituyen una magnífica muestra de lo que puede ser la investigación y el estudio del pensamiento y la política sociales de nuestro país. Dicho pensamiento y dicha política ofrecen un considerable interés cuando se relacionan con las realizaciones de América, donde nuestra inquietud social hizo siembras, que a lo largo del tiempo continúan manteniendo su excepcional interés. En el género de estudios que ahora inicia este libro hay en España una extensa y nueva tarea que realizar. Para ella, los materiales son caudalosos. Y el Instituto Balmes tiene encomendada esta labor a personalidades cuyo éxito no es nada arriesgado profetizar. Este primer volumen de *Estudios de Historia Social* lo testifica cumplidamente.

"ALMAS DISTANTES", por IGNACIO ROMERO RAIZABAL.

Una idea simplista de la novela nos hará ver en ésta, sobre todo, un argumento, un conflicto. Mas si tratamos de ahondar en el estudio de las características de este género, nos encontraremos que la novela es, singularmente, creación y trazado de tipos. Lo que queda de las grandes novelas del mundo es una galería de caracteres: mujeres y hombres que en las páginas del libro llegan a cobrar una vida auténtica y se mueven, sufren y aman como seres reales. El novelista es siempre esto: el escritor capaz de transmitir un auténtico latido humano a las almas de sus libros. Cuando estos hombres y estas mujeres han adquirido tal realidad, cuando responden a una vitalidad poderosa, simplemente de su dibujo, de su creación, irá surgiendo el conflicto, como una derivación lógica. Si crea el novelista tipos, hombres y mujeres, no antes de ficción, el conflicto se le dará por añadidura. Como en la vida, en la novela surge el argumento —la pequeña historia humana— cuando hay caracteres. Forjar éstos es, en definitiva, el signo distintivo del novelista, lo que le da grandeza y gloria. La historia literaria está llena de expresivos ejemplos. Los grandes novelistas son los creadores de los grandes tipos.

Ignacio Romero Raizabal, en su novela *Almas distantes*, ha seguido este camino. Su libro es, ante todo, un profundo trazado de caracteres. Los protagonistas —Bene, la pobre Toni...— viven,

cobran en la novela emoción y angustia humanas. En ello está la principal fuerza del libro. El novelista ha acertado a dar palpitation vigorosa a sus personajes —ya en unas palabras preliminares nos dice lo que en ellos puede haber de realidad, lo que en ellos puede haber de ficción...—. Y, naturalmente, del simple planteamiento de esos caracteres surgen de modo inmediato, fluido, el amor y el dolor que les enfrentan; surgen en los personajes sus rumbos inciertos. Buen pulso de novelista el de este escritor de La Montaña, ya con una limpia ejecutoria de poeta sensible y ferviente. Ahora, en este libro, Romero Raizábal ha olvidado la efusión sentimental de sus versos, su fina línea lírica de otras veces, para entregarse con apasionada vehemencia a un mundo novelesco de pasiones. Todo en *Almas distantes* es intensidad y vigor, descripción honda, fuerte palpitation. Ya hemos dicho cómo esta energía de dibujo está en los personajes de la novela. Está, además, en la pintura del ambiente. La acción de la novela transcurre en Santander. Las calles, los rincones, las plazas de la ciudad norteña están pintados de un modo sobrio, justo. No sólo en sus piedras, en su material fisonomía, sino en lo que es aún más difícil: en su espíritu. Así, por ejemplo, vemos pasar por las páginas del libro, como un personaje más, el viento Sur, aullando en las calles, estremeciendo hogares, inquietando sueños. ¿Se concebiría una pintura de Santander sin la melodía medrosa de ese viento, sin su largo y punzante lamento? Le escuchamos en la novela en un «crescendo» dramático, en una sinfonía arrebatada que llega a su plenitud cuando, de pronto, surge sobre la ciudad la violencia del fuego. Romero Raizábal describe en su libro aquel incendio que hace unos años sobresaltó y enrojeció el sueño de Santander. Es una pintura minuciosa, profunda y certera, hecha con admirables luces de aguafuerte, con pinceladas en la que entran a la vez el color y la emoción. Mas no se piense que esta pintura de las dramáticas horas es en la novela lo que llamaríamos la «romanza del fuego»: un alto en el relato para entregarse al gozo lírico de una pura descripción colorista. En *Almas distantes* la evocación de aquella noche es parte misma del relato y está trabada a éste de un modo entrañable, fundiéndose con él, llegando a ser consustancial y necesario al proceso lógico de los hechos. Buen acierto de novelista y de escritor este de Romero Raizábal al insertar tan íntimamente dentro de la acción aquella pintura —magnífica en sobriedad y en expresión— del incendio que empenachó de rojo la noche de Santander. Según la vieja fórmula del «espejo

paseado a lo largo del camino», este novelista de ahora vió reflejada en su espejo de escritor la imagen de la ciudad doliente en aquellas horas. Vivió el sobresalto de la noche dolorosa, y fácil le fué convertir aquella emoción personal en belleza literaria. *Almas distantes* es la evocación de la inolvidable jornada. Y es, sobre el fondo rojizo de tales horas, sobre el fondo tranquilo de la vida montañesa, el humano latido de dos vidas angustiadas, empujadas en el remolino de sus días por un viento de fatalidad.

J. M. A.

**"PANORAMA DE LA MUSICA EN ESPAÑA",**

por ANTONIO FERNANDEZ-CID.

En el campo de la crítica musical Antonio Fernández-Cid tiene una bien ganada y definida personalidad. Se la ha labrado día a día, a lo largo de una labor inteligente y ferviente, en la que ha puesto de relieve su gran sensibilidad, su fino espíritu, su madura cultura musical, la independencia de su criterio. Es esto, precisamente, su espíritu de independencia y de verdad, lo que ha dado un más firme airón a la joven personalidad de Fernández-Cid. Repetidamente se oye en nuestros medios intelectuales y artísticos la queja de que no exista una verdadera función crítica, de que ésta se haya ablandado hasta extremos que en definitiva la anulan. El hecho es cierto. No existe para las varias manifestaciones del arte —y entre ellas la música— un concepto exacto y riguroso del menester crítico, casi siempre sustituido entre nosotros por el ademán complaciente, el comentario bondadoso y la sonrisa dispuesta a las disculpas máximas. En este panorama conformista se ha destacado, por su firmeza personal, la labor de Antonio Fernández-Cid: una labor caracterizada, durante varios años, por la aplicación a la actualidad lírica de un criterio de verdad y de sinceridad. Claro es que un criterio riguroso significa muy poco si no va acompañado de otras condiciones. Estas, fundamentalmente: espíritu, cultura. Ambas cosas las posee en plenitud este crítico musical. Por eso su labor no es simplemente rigor y exigencia —lo que haría fácil el comentario cotidiano—, sino que va hermanada estrechamente a aquellas otras condiciones de sensibilidad, preparación, comprensión y agudeza que caracterizan positivamente el menester crítico. Un criterio exclusivamente riguroso



acabaría por llevar a resultados negativos. Un criterio como el de Fernández-Cid, en el que se hermanan la exigencia con la finura de espíritu y con una cuajada cultura musical, lleva consigo consecuencias de carácter constructivo y afirmativo. Se trata, en fin, de la crítica en su completo, armonioso y exacto sentido.

Reflejo de esa inteligente labor de varios años es el libro aparecido ahora. En él se abordan clara y valientemente los problemas y las inquietudes de nuestra hora musical en todos sus aspectos, en todas sus perspectivas. Se trata de un panorama completísimo de la vida lírica entre nosotros. Esa vida ha dado un salto gigantesco en los años que han seguido a nuestra Cruzada. «La protección estatal —dice el autor— alcanzó resultados que sólo hace dos o tres lustros, hubiesen parecido ilusorios al más optimista.» Mas todo no puede resolverse de golpe, en plazos brevísimos. Y son necesarios estudios, orientaciones, preparativos. Todo ello —lo que se ha hecho, lo que se puede hacer, lo que se debe hacer— es estudiado por Fernández-Cid con el criterio en él característico: es decir, a la vez con amor y con exigencia. Algunos de los aspectos por él enfocados lo fueron ya por otros comentaristas en publicaciones diferentes. Otros aspectos, en cambio, son ahora estudiados por primera vez. Esto es lo que da al libro un excepcional mérito, ya que nos ofrece en toda su variedad y su complejidad, de modo panorámico pero al mismo tiempo muy completo, el cuadro lírico actual de España. Realidades, méritos, fallos, problemas, lastres, esperanzas, sombras, cuanto en uno u otro sentido presenta la actualidad musical española es abordado y estudiado por el joven e ilustre crítico con precisión y justeza, con lealtad y efusión.

He aquí la zarzuela, con sus viejos panegiristas, con las vanidades de los divos, con el desastre de los coros, con los problemas y las realidades que hacen muy difícil la restauración del género. Y la ópera, con las razones de su actual decadencia entre nosotros. Los conjuntos sinfónicos, los directores de orquesta, las subvenciones, el ballet, la música de cámara... Todo ello es glosado por el comentarista con perfecta claridad de juicio, con cabal sentido del método y de la crítica, con espíritu constructivo siempre. No hay aspecto al que no llegue la pluma inteligente de Fernández-Cid: los Conservatorios, las Sociedades de provincias, los Orfeones, las Bandas, los locales... Hasta las más recientes manifestaciones de la música —en la radio, en el «cine»— son consideradas atenta y certeramente por el escritor, que no deja fuera de su mirada y de su comentario ningún perfil del horizonte lírico nacional.

Y siempre, en el libro de hoy como en la anterior labor periodística, la misma tenacidad ilusionada, el mismo afán ardiente de que la música española logre metas magníficas y realizaciones cada vez más bellas. Es esto, como el alma de toda la creación crítica de Antonio Fernández-Cid, inflamada siempre de una noble vehemencia por el mejoramiento y la perfección de la vida lírica nacional.

J. M. A.

**"PENSADORES POLITICOS DEL SIGLO XIX",**

por FRANCISCO GUTIERREZ LASANTA.

El siglo XIX ha sido frecuentemente combatido. Fueron sólo considerados en él algunos aspectos parciales, desconociendo, en cambio, muchos de sus aciertos, de sus esfuerzos, de sus realizaciones positivas. Pero nuestro tiempo ha traído consigo una debida, justa y ponderada valoración de aquel siglo. Una parte de éste, especialmente, ha merecido la atención y el estudio de los historiadores y los escritores de nuestros días: la que se refiere a los pensadores, a los hombres de ideas. La trascendental conmoción que para todo significó nuestra contienda de liberación hizo volver los ojos hacia cuanto en el siglo XIX pudiera haber de relación con aquella hora decisiva. Corresponde, por tanto, a los años que vienen transcurriendo desde 1936 el mérito de haber estudiado en lo político el nexo de aquel siglo con la significación nacional, social e intelectual de nuestro movimiento liberador. En este sentido, las grandes figuras del pensamiento español en el siglo XIX han sido revalorizadas y estudiadas amorosamente en nuestro tiempo, considerando en ellas valores de hondura, de meditación y de profecía que hasta ahora aparecían en realidad desconocidos.

Un libro reciente, *Pensadores políticos del siglo XIX*, debido a don Francisco Gutiérrez Lasanta, subraya de nuevo —de un modo panorámico y completo, estructurado temáticamente— la aportación hecha por los escritores de aquel tiempo a la historia de las grandes ideas nacionales. Obtuvo esta obra, en un importante concurso —organizado por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas—, el premio instituido por don Manuel de Bofarull. Se trata de un libro extenso, en el que aparece de forma homogénea, orgánica, la visión del pensamiento español sobre los gran-

des temas nacionales, universales y sociales a lo largo del siglo XIX y en la primera parte del actual. Es, primero, una pintura general de aquel tiempo, con sus antecedentes más inmediatos, con sus perfiles más característicos. Después, agrupado en torno a ideas y puntos de vista, desfila el pensamiento de escritores, historiadores y políticos. El hombre de pensamiento no es nunca el que se aplica simplemente a un hecho contemporáneo, sino el que sabe ver, en este hecho contemporáneo, junto a su realidad inmediata y tangible, sus raíces en lo histórico y su posible proyección sobre el porvenir. Así, Gutiérrez Lasanta ve en los hombres del siglo XIX —Balmes, Donoso Cortés, Aparisi Guijarro, Menéndez y Pelayo...— su concepción de la Historia española, su visión de los hechos contemporáneos y su adelantada visión del porvenir. El sentido histórico nacional de todos estos hombres, su coincidente concepción de la Unidad religiosa, su visión de la Iglesia, de la monarquía, de los valores espirituales, son estudiados por el autor del libro minuciosa y documentadamente. Va examinando —visión objetiva, pluma fluida, método— la posición de los pensadores españoles ante los problemas nuestros, los problemas europeos y los problemas universales. La inquietud social, el dramático fermento de hoy, fué ya visto con sagacísima mirada por aquel equipo de escritores. Esa línea de estudio y preocupación no se interrumpe en la historia intelectual española. A aquellos nombres insignes suceden, después, los de Vázquez de Mella, Víctor Pradera, Maeztu... Todos ellos se ofrecen como eslabones de una misma cadena, de una misma inquietud ante los problemas en torno. Mas el autor del libro que ahora comentamos no se limita sólo a ese grupo de escritores, sino que certeramente, busca coincidencias en escritores de otro tipo y de otra inspiración, para demostrar y proclamar, así, la hondura de las ideas que son sustanciales al espíritu español.

La Religión, la Patria, Europa, todos los grandes conceptos a que el hombre occidental ha de asirse si no quiere caer en la garra materialista y asiaticada, son estudiados en el libro a través de la versión ofrecida por los pensadores españoles del XIX y parte del XX. Es, completo y sistematizado, un magnífico ideario político, al que, además, da un excepcional valor el rumbo de la vida y los acontecimientos actuales. Porque este es otro de los méritos de aquel grupo de hombres extraordinarios: su valor de profecía, destacado con toda justeza por Francisco Gutiérrez Lasanta en el libro. De Donoso Cortés es, por ejemplo, este párrafo: «La Rusia abarca hoy día la octava parte del mundo habitable y la vigésimo-

séptima de todo el globo. Este imperio colosal, al mismo tiempo que amenaza a todas las gentes, no puede ser atacado, porque está ceñido de inaccesibles fronteras... Este imperio inaccesible se ha hecho señor de todas las posiciones que servían de fronteras naturales a todos los imperios. Señor del Báltico, amenaza la Suecia. Señor de Polonia, pone espanto en Alemania. Señor del Mar Negro, sus águilas pueden volar en un día desde Sebastopol a Constantinopla. Desde el Cáucaso, amenaza la Persia. Desde la Persia, influye en las revoluciones interiores del Asia Central, fronteras del Imperio británico de la India...» Y de Jaime Balmes son estas otras palabras, también subrayadas por el autor del libro: «Creen algunos que la Europa no puede pasar ya por conflictos semejantes al de la irrupción de los bárbaros del Norte o de los árabes; pero tal vez no han reflexionado bastante sobre lo que de sí podría dar el Asia gobernada por la Rusia.» Ante textos como los citados, es explicable la duda de si fueron, efectivamente, escritos en el siglo XIX o si nacieron hoy, a la luz dramática de las realidades actuales.

Clara, documentada, sólida, la obra que mereció un día el premio Bofarull constituye una magnífica aportación para el conocimiento cabal de lo que en el orden político debe España a los pensadores nacionales que vivieron o se formaron en el pasado siglo.

J. M. A.

#### “SEGUNDO FLORILEGIO DE POESÍAS”,

Por el marqués de MONTESIÓN.

En este *Segundo florilegio de poesías*, primorosamente editado, se muestra el marqués de Montesión como un inspirado cantor, que disfruta de una riquísima vena, pero que sabe sujetarse a los clásicos cánones preceptivos, si bien no exagerando su rigor. Por ello sabe dar suelta al giro en gracioso vuelo, o quebrar el verso cuando es necesario, y puede tomarse la licencia. Predominan en las páginas las composiciones líricas, y, a nuestro juicio, los mejores aciertos los consigue en los versos amorosos, o descriptivos de paisajes, o de íntimas emociones producidas por la magia de la música. Tal vez por ello, la poesía del marqués de Montesión es eminentemente musical, y a lo largo de las estrofas se sigue siempre



una bella melodía. Tampoco hay que olvidar otras composiciones ligeras que avaloran el libro: cancioncillas airozas, finas, ágiles, que deleitan y cautivan a quien las lee. Y respecto a las imágenes, son originales, como frutos de una fantasía pujante, que encuentra su adecuación en la sabia técnica del poeta.

No todos los días puede elogiarse a un cantor por su peculiaridad poética, por el estilo de sus versos y el garbo de las estrofas. El marqués de Montesión no necesita recurrir a fórmulas de extravagancia, sino a las normas eternas, ya que son también los suyos los eternos temas, vigentes y llenos de matices insospechados cuando los suscita y desvela el talento verdadero.

Musicalidad, gracia espontánea y, en suma, inspiración patente, son los factores positivos que determinan la excelencia de este libro.

**"FORMULARIO"**, por el profesor  
LORENZO VELAZQUEZ.

No es una obra nueva este *Formulario* del profesor Lorenzo Velázquez, sino una octava edición. Sin embargo, el texto ha sido remozado. Así, al hojear el volumen se advertirán las novedades últimas en el campo de la terapéutica de aplicación, con inclusión, por lo tanto, de numerosos asuntos. Se citan, entre éstos: Aftas, caries dentarias, procesos adenoides infectados, emitiña y supuraciones, tuberculosis intestinal, etc. Quiere decirse con ello que el tomo, no sólo mantiene su utilidad de las ediciones iniciales, para médicos y farmacéuticos, sino que la afianza con los trabajos, hasta el momento inéditos, con que se enriquece.

# DOCUMENTACION LEGISLATIVA

*ORDEN de 26 de junio de 1950 por la que se concede la Medalla del Círculo de Bellas Artes de Madrid al expositor don Daniel Vázquez Díaz.*

Ilmo. Sr.: Verificada en los Palacios de Exposiciones del Retiro, el día 24 de los corrientes, la votación por los Jurados de Premios de las distintas Secciones que integran la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año, para la concesión de la Medalla del Círculo de Bellas Artes de esta Villa, y realizado el oportuno escrutinio, dió el resultado siguiente: señor Vázquez Díaz, 19 votos; señor Toledo, 3; señor Olivé, 1; señor Llaudarró, 1; y, en consecuencia, este Ministerio ha resuelto conceder la Medalla del Círculo de Bellas Artes de Madrid al expositor don Daniel Vázquez Díaz.

Dios guarde a V. I. muchos años.  
Madrid, 26 de junio de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

*ORDEN de 26 de junio de 1950 por la que se declara desierta la Medalla de Honor de la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año.*

Ilmo. Sr.: Verificada el día 24 de los corrientes, en los Palacios de Exposiciones del Parque de Madrid (Retiro), la votación por los Jurados de las distintas Secciones que integran la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año, para la concesión de la Medalla de Honor del Certamen, y una vez realizado el

escrutinio, dió el siguiente resultado: don Juan Vila Puig, 13 votos; don Daniel Vázquez Díaz, 12; y como ninguno de los dos señores citados han obtenido el número de votos reglamentarios,

Este Ministerio ha resuelto declarar desierta tan preciada recompensa.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 26 de junio de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

---

*ORDEN de 26 de junio de 1950 por la que se concede la Medalla de la Asociación de Acuarelistas a don Carlos Moreno Graciani.*

Ilmo. Sr.: Verificada en los Palacios de Exposiciones del Retiro, el día 24 de los corrientes, la votación por los Jurados de Premios de las distintas Secciones que integran la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año, para la concesión de la Medalla de la Agrupación Española de Acuarelistas, y una vez realizado el oportuno escrutinio, obtuvieron: don Carlos Moreno Graciani, 17 votos, y don Luis Ileo Arnáu, 7, de los cuales se inutiliza uno por no estar firmado; por ello,

Este Ministerio ha resuelto conceder la Medalla de la Agrupación Española de Acuarelistas, de que se ha hecho mérito al expositor don Carlos Moreno Graciani.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 26 de junio de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

---

*ORDEN de 26 de junio de 1950 por la que se concede la Medalla de Asociación de Pintores y Escultores a don José Cruz Herrera.*

Ilmo. Sr.: Verificada en los Palacios de Exposiciones del Retiro, el día 24 de los corrientes, la votación por los Jurados de Premios de las distintas Secciones que integran la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año, para la concesión de la Medalla de la Asociación de Pintores y Escultores, y realizado el oportuno escrutinio, dió el siguiente resultado: señor Cruz Herrera, 17 votos; señor Redondela, 3, y uno cada uno de los señores siguientes: Olivé Cabré, García Morales, Trigo, Vila Puig y Esteve Botey. Y en su consecuencia,

Este Ministerio ha resuelto conceder la Medalla de la Asociación de Pintores y Escultores de la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año a don José Cruz Herrera.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 26 de junio de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

## INDICE DE SUMARIOS DE LOS NUMEROS PUBLICADOS EN EL AÑO 1950

### SUMARIO DEL NUM. 93

EDITORIAL.—André Maurois: *Esencia y existencialismo*.—W. J. A. Visser: *El alma de España desde la eternidad de sus piedras*.—Federico Castejón: *Recuerdo de viejos abogados*.—Cecilia Bertin: *Tres novelistas inglesas*.—  
VENTANA AL MUNDO: *La pintura de Jerry Farnsworth*, por Ernest W. Watson.—*El teatro francés en el año 1949*, por Thierrey Maulnier.—*Las revistas hispano-americanas en 1949*, por José Sanz y Díaz.—HECHOS: *La cultura eclesiástica en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas*.—*Nuevo curso de conferencias en el Ateneo de Madrid*.—*Dies años de arqueología*, por Cecilio Barberán.—*Homenaje al periodismo antiguo*.—NOTAS DE LIBROS: *Armando Palacio Valdés. Su vida y su obra*, por Angel Cruz Rueda. Editorial Saeta. Madrid, 1949.—*José Echegaray El madrileño tres veces famoso*, por Augusto Martínez Olmedilla. Madrid, 1949.—*Salvador Dali, visto por su hermana*, por Ana María Dali. Editorial Juventud. Barcelona, 1949.—*La Duquesa de Alba y su tiempo*, por los doctores Blanco Soler, Piga, Pascual y Pérez de Petinto. Ediciones Epesa. Madrid, 1949.—*Ecrivains contre Médecins*, por el Dr. François Salieres. Editions Denoel. París, 1949.—

DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

### SUMARIO DEL NUM. 94

EDITORIAL.—Eduardo Aunós: *La técnica de Balzac*.—Nicolás González Ruiz: *El periodismo como historia*.—Arturo Fernández Cruz: *La medicina clínica en la cultura contemporánea*.—Juan Domínguez Berrueta: *La moda existencialista*.—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *Vicente Aleixandre, académico de la Española*, por Gerardo Diego.—*La madurez pictórica de Francisco G. Cosío*, por Maximiano García Venero.—HECHOS: *Historia del Premio Nacional*



de Literatura.—Una Exposición del pintor Enrique Segura.—VENTANA AL MUNDO: Escritores y libros de Hispanoamérica, por José Sanz y Díaz.—El centenario de Loti, por Enri Bordeaux.—El antiguo colegio de Rugby, símbolo de la educación británica, por J. H. Simpsen.—NOTAS DE LIBROS: Varia historia de ilustres mujeres, por Felipe Ximénez de Sandoval. Editorial Epesa. Madrid, 1950.—Madrid y su fisonomía urbana, por Mariano García Cortés. Ediciones de la Sección de Cultura del Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1950.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

### SUMARIO DEL NUM. 95

EDITORIAL.—Joaquín de Entrambasaguas: Lope de Vega y Portugal.—Antonio Fernández Cid: El Estado y la intelectualidad española al servicio de la música.—Carlos Ruiz del Castillo: Apuntes fragmentarios para una teoría del selecto.—LA OBRA DEL ESPÍRITU: La semana Santa en Castilla, por José Sanz y Díaz.—La casa de Lope de Vega en Madrid, por Cecilio Barberán.—Exposición bibliográfica de la Pasión.—Actividad literaria en el Ateneo de Madrid.—Commemoración de la Fiesta del Libro.—HECHOS: Belaunde, doctor "Honoris Causa" de la Facultad de Ciencias Políticas.—Melchor Fernández Almagro, académico de la Española.—El nuevo Colegio Mayor Hispanoamericano "Hernán Cortés" en Salamanca, por Antonio Ortiz Muñoz.—La Exposición de Fernando Alberti, por Eugenio Mediano.—Los Institutos Laborales, creación predilecta del Régimen.—NOTAS DE LIBROS: El gran Duque de Alba, por Mariano de Berueta. Madrid. Biblioteca Nueva. Colección «La España Imperial».—La vida del médico, por Luis Fernando Alvarez. Ediciones Garalt. Barcelona, 1950.—El arzobispo don Raimundo de Toledo, por Angel González Palencia. Colección «Pro-Eclesia et Patria».—El número 49 de la Revista de Estudios Políticos.—Jaime Balmes, político, por Ernesto Laorden. Editorial Labor. Colección «Pro-Eclesia et Patria».—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

### SUMARIO DEL NUM. 96

EDITORIAL.—Discurso del Jefe del Estado en el X Pleno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—José Ibáñez Martín: Diez años de investigación científica en España.—Miguel Herrero García: Una hipótesis sobre las novelas ejemplares.—LA OBRA DEL ESPÍRITU: Jornadas internacionales del Consejo Superior de Investigaciones.—El profesor Wahsman, doctor "Honoris Causa" de la Universidad de Madrid.—Se inaugura el Instituto de Óptica Daza Valdés.—HECHOS: La tarea bibliográfica del Consejo Superior de In-

investigaciones Científicas.—Se celebra en Madrid el II Certamen Cinematográfico Hispanoamericano.—Exposiciones de pintura en Madrid.—VENTANA AL MUNDO: *El grabado en madera como ilustración*, por Christopher Sadford.—*Estampas y dibujos del Museo Británico*, por A. E. Popham.—NOTAS DE LIBROS: *Un periodista da la vuelta al mundo*, por Antonio Ortiz Muñoz.—*Amor a Portugal*, por Ernesto Giménez Caballero.—*El cuento español en el siglo XIX*, por Mariano Baquero Goyanes.—*El compositor Iriarte (1750-1791) y el cultivo español del melólogo (melodrama)*, por José Subirá.—*El teatro del real palacio*, por José Subirá.—*A dictionary of musical themes*, por Harold Barlow y Sam Morgenstein.—El número 48 de la Revista de Estudios Políticos.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

### SUMARIO DEL NUM. 97

EDITORIAL.—Julián Marías: *El estudio de la Filosofía en sus textos fundamentales*.—José María Sagarra: *Algunas ideas sobre el teatro*.—Osvaldo Orico: *La influencia de "Don Juan" sobre "Mefistófeles"*.—Juan Beneyto: *Enquiridion del Año Santo*.—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *La Exposición Nacional de Bellas Artes*, por Manuel Prados López.—*Madrid, visto por el pintor francés Pierre François*, por Cecilio Barberán.—*Homenaje a Gabriel Miró, a los veinte años de su muerte*, por José María Zugazaga.—VENTANA AL MUNDO: *Las casas de Inglaterra donde vivieron hombres famosos*, por Phyllis Davies.—*El Museo de Temple Newsam*, por Williah Wells.—HECHOS: *Nuevo Instituto de Enseñanza Media en Teruel*.—*Se inaugura la Escuela Judicial en España*.—*El II Congreso Nacional de Ingeniería*.—NOTAS DE LIBROS: *Historia del Arte y Ciencia de Navegar*, por Salvador García Franco. Instituto Histórico de la Marina (dos tomos). Madrid.—*Literatura y Psiquiatría*, por Antonio Vallejo Nágera. Editorial Barna. Barcelona, 1950.—*Arbor*, número 53. Mayo, 1950.—*A la recherche de Marcel Proust*, por André Maurois. Editions Hachette.—*Cuadernos de Política Social* (número 5). Instituto de Estudios Políticos.—*Cuadernos de Estudios Africanos* (número 9). Instituto de Estudios Políticos.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

### SUMARIO DEL NUM. 98

EDITORIAL.—Jesús Sáinz Mazpulez: *El existencialismo de Jean Paul Sartre*.—Esteban Pujals: *La unidad espiritual de Europa*.—Manuel Prados López: *Semblanza de un gran pintor español del siglo XIX*.—VENTANA AL MUNDO: *La pintura de David Lax, símbolo de la desesperanza de la post-guerra*.—*Aspectos de nuestra novela en Africa*.—El Ateneo Americano de

Washington.—HECHOS: *La Exposición de trofeos de caza*, por Cecilio Barberán.—IV Congreso Nacional de Catecismo.—El Instituto de Enseñanzas Profesionales de la Mujer.—NOTAS DE LIBROS: *Uruguay, el benjamín de España*, por Ernesto La Orden. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1949, 399 páginas.—*Setenta años de periodismo*. Tomo II. Marqués de Valdeiglesias. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1950.—*Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco*, por Florentino Pérez Embid. Ediciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.—*Diálogo íntimo con España*, por Adrián Escobar. Club de Lectores. Buenos Aires, 1950.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

### SUMARIO DEL NUM. 99

EDITORIAL.—Pedro Rocamora: *La pintura de Gregorio Prieto*.—Jean Rousset: *El universo patético de Georges Bernanos*.—Angel Cruz Rueda: *Realidad y fantasía en los personajes de Azorín*.—Julio Angulo: *Grandeza y miseria de Rembrandt*.—Mercedes Sáenz Alonso: *Evocación de Rubén Darío*.—VENTANA AL MUNDO: *Alfonso Junco ingresa en la Academia mexicana de la Lengua*.—*España en la Exposición Internacional de Arte Sacro en Roma*, por José Sanz y Díaz.—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *Panorama editorial religioso de la España actual*.—*La librería científica Medinaceli, del Consejo Superior de Investigaciones*.—El XXIV Salón de Otoño y sus razones, por Manuel Prados López.—*Gabriel Marcel inaugura el curso del Ateneo de Madrid*.—NOTAS DE LIBROS: *Viviendo la copla* (Cuentos y estampas folklóricas), por Luis Muñoz-Cobo. Librería y Editorial Pueyo, S. L. Madrid, 1950.—*Alabanza a España*, Santiago Magariños. Ediciones del Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1950.—*Cantares místicos*, por Juan Bautista Gemis, O. F. M. Ediciones «Verdad y Vida». San Francisco el Grande, Madrid.—*Miscelánea de Episodios Históricos*, por Natalio Rivas. Editora Nacional. Madrid, 1950.—*Estudios de Historia Social de España*.—*Almas distantes*, por Ignacio Romero Raizábal.—*Panorama de la música en España*, por Antonio Fernández Cid.—*Pensadores políticos del siglo XIX*, por Francisco Gutiérrez Lasanta.—

DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

